



TRÍPOLI.—Vista exterior de R'dames por la parte del Sud. (Pág 435.).

pié, tendidos, vuelto el rostro hácia el cielo, erizadas las manos de crueles aleznas, cerrados los ojos y próximos á exhalar el último aliento. Sus verdugos creyeron aquel momento oportuno para proponerles que abjurasen de su fe; pero ¡oh prodigio de la gracia divina! los pobres agonizantes resucitaron al oír semejante proposición, y exclamaron con nuevo vigor:

«—En verdad os decimos que habláis con sordos. ¡Como si hubiésemos venido al Japon para cometer tan gran vileza!

«Tuvieron que renunciar esta vez más á vencerles, y viéronse obligados á llevarles á su prisión en camillas.

«El 27 de Setiembre volvieron á buscarles los verdugos, y despues de pasearlos por toda la ciudad de Nagasaki, los llevaron á la montaña que con tanta frecuencia se había santificado ya con la sangre de los mártires, donde les esperaban cinco hoyas. Colgaron en cada una de ellas un mártir por los piés, con el resto del cuerpo metido hasta las piernas, y cubiertos con planchas como de costumbre, colocando encima gruesas piedras para oprimir los cuerpos de los pacientes.

«En tal estado permanecieron dos días y sus noches, víctimas de insoportables sufrimientos, pero Dios les dió fuerzas para resistir, probando de este modo la consoladora verdad: «Que unida á la tentación está la gracia que fortifica.»

«La alegría del cielo rebotaba, en efecto, en los corazones de los mártires, que exclamaban desde el fondo de sus fosas:

«—¡Estamos próximos á disfrutar de la recompensa, y queremos perseverar hasta el fin!»

«Y cumplieron su palabra: al tercer día descubrieron las fosas, y los dos confesores seculares habían muerto; pero los tres religiosos estaban todavía vivos. Parecía como que

aquellos hombres no pudiesen morir, y se adoptó el partido de decapitarles.

«Vicente de la Cruz, extremadamente extenuado, no tuvo bastante fuerza para recibir el golpe de muerte de rodillas, y se le tendió en tierra, cortándole así el verdugo la cabeza.

«Guillermo Courtet y Miguel Ozarata sacaron nuevas fuerzas de su misma debilidad, se arrodillaron, y abrazándose con ternura, exclamaron mutuamente:

«—Mucho tendríamos que decirnos; pero reservémoslo todo para el cielo, donde no nos separaremos nunca (1).

«Dirigiéronse, pues, simplemente un adiós, y se sometieron á los verdugos para que les decapitaran, pronunciando los nombres de Jesús y de María. Este glorioso martirio acaeció el 27 de Setiembre de 1637 (2).»

(1) Miguel Ozarata, por sobrenombre del Rosario, nació en Oñate, Vizcaya, y tomó el santo hábito de nuestra Orden en el convento de Santo Tomás de Madrid.

Guillermo Courtet, religioso de la provincia de Tolosa, era natural de Serriñan, diócesis de Beziers, y profesó en el convento de Alby el 15 de Agosto de 1608. Maestro sucesivamente de los novicios y lector de teología en el convento de Tolosa, fué elegido en 1624 prior del convento de Aviñon, que había entrado en la reforma desde 1615. Este ferviente religioso fué uno de los sostenes más firmes y celosos de la observancia regular, y sintiendo de cada día más el deseo de sacrificarse por la salvación de los infieles, pidió permiso al reverendísimo Padre General para pasar á las Filipinas, donde llegó en 1635, partiendo para el Japon, despues de haber sido durante un año profesor de teología en el convento de Santo Tomás.

(2) *Misiones dominicanas en el extremo Oriente*, por el reverendo P. Fr. Andrés María, de los Padres Predicadores, tomo I, páginas 343 á 348.



## DAMASCO.

## VII.

## EL RAMADAN.

§ 1.º — *El ayuno.*

El 2 de Diciembre los musulmanes celebran la fiesta del Quorban-Bairam, que termina su Ramadan ó ayuno legal.

Este ayuno es para los musulmanes una práctica de tal importancia, y tanto enaltece á sus ojos á la religion de Mahoma, que me parece oportuno ofrecer de él un ligero estudio. Voy á resumir una carta que me dirigió desde Berito un jóven oriental conocido mio.

Nuestros vecinos los musulmanes pasan de una manera muy agradable el tiempo de su ayuno. Despues de haberse abstenido de alimento todo el día, hacen por la noche una deliciosa comida, y se hartan de todas las golosinas que apetecen. Al levantarse de la mesa se dirigen á los cafés, en donde pasan, bebiendo y fumando, gran parte de la noche. Los menos escrupulosos añaden en secreto, á dicha bebida, buenos vasos de vino, aguardiente, etc. De los cafés pasan al *karakuza*, espectáculo popular parecido al de los polichinelas de Europa. Dicese que esta diversion es muy alegre, pero que no se guarda en ella ningun miramiento á la moral. Para los actores todo medio es lícito mientras consigan provocar la hilaridad del público. Un cristiano no podría, en conciencia, asistir cinco minutos á semejante espectáculo.

Sucede en seguida la música árabe, vocal é instrumental. Aunque de pesada monotonía no deja de complacer á los musulmanes y de divertirles, aun despues del *karakuza*.

En una palabra, se divierten hasta media noche, en que se cierran los cafés, se apagan las luces, y los hombres de edad madura se dirigen á sus casas. Empero los jóvenes, excitados con seis horas de diversiones, prefieren prolongar la velada, y se esparraman en grupos por las calles, gritando, cantando, discutiendo, etc. Sólo el cansancio pone fin á estos desórdenes nocturnos.

A las tres y media de la mañana el tambor recorre las calles, advirtiendo á los fieles que es tiempo de hacer la segunda comida de la noche. En un instante todos los musulmanes están á la mesa, comiendo quien más puede, y haciendo provision de alimento y de fuerzas para todo el día.

La comida dura hasta el momento en que un cañonazo anuncia el principio del ayuno. Esta señal se da así que apunta el día, esto es, así que puede distinguirse un hilo blanco de otro negro. Cada cual vuelve entonces á su lecho y procura conciliar el sueño. Los ricos y todos los que pueden pasar el Ramadan sin necesidad de trabajar para vivir, permanecen en la cama hasta el medio día y aun más. En otros términos, hacen de la noche día y del día noche, y apenas si hasta la hora de ponerse el sol sienten los primeros estímulos del hambre.

Para esta clase de personas el Ramadan es un verdadero carnaval y el más hermoso tiempo del año. Las dificultades del ayuno sólo existen para los pobres y los artesanos, quienes se ven obligados á trabajar más, pues tienen que alimentar mejor á su familia durante el Ramadan que en el resto del año. Nótese que el ayuno musulman excluye hasta el uso del agua y del tabaco para

fumar ó en polvo. Su más grande privacion es la de no poder fumar. Permanecer en ayunas diez, doce horas consecutivas, en medio de trabajos corporales más ó menos penosos, ha de ser muy duro para esas pobres gentes. Así sucede que no están alegres, ni siquiera son tratables, durante el día, siendo ya proverbial el pésimo humor de los mahometanos durante el ayuno. Humor de Ramadan (Tabaa Ramadan) es sinónimo de pésimo humor. Cuando uno falta á un deber ó bien se encoleviza, se cree excusarsele suficientemente diciendo: «Estaba de humor del Ramadan.»

A decir verdad, los violadores secretos del Ramadan son cada vez menos raros, especialmente en una categoría que me dispensaréis de citar. Sin embargo, sea dicho para vergüenza de tantos malos católicos, ningun musulman se atreve á quebrantar el ayuno en público. La ley es aún bastante respetada para que nadie la viole abiertamente. Este respeto se lleva hasta el extremo que si un mahometano fuese sorprendido fumando una pipa por la calle, seria colmado de injurias y aun tal vez de golpes, y denunciado á la Autoridad civil.

Bajo este respecto Abd el-Kader da el ejemplo á todos los musulmanes de Damasco. Sábese que durante el Ramadan se mantiene encerrado en un aposento que tiene por todo mueble una estera y una silla, y pasa el día en leer el Coran ó cualquier otro libro de religion. Su alimento se reduce á café, pan y pasas. Así es como este héroe del Africa entiende y practica el islamismo, lo que no impidió que en 1860 desplegasen gran valor contra sus correligionarios de Damasco, y una abnegacion sin límites en favor de los cristianos.

Digamos en honor de los devotos musulmanes que si se apresuran, como todos los demás, en romper su ayuno diario desde el momento en que la voz del cañon anuncia la puesta del sol, están muy lejos de unirse á la juventud disipada y libertina para correr durante la noche tras los cafés y espectáculos. Al contrario, se hacen un deber de acudir á la mezquita para tomar parte en lo que se llama *el-darsse* (el estudio ó la leccion). Fórmanse en la mezquita grupos más ó menos numerosos presididos por un jeque ó *aollamat* (doctor de la ley). El presidente abre el Coran con la más grande reverencia, y lee algunos versículos, que comenta en seguida para sacar de ellos alguna aplicacion práctica. Cada oyente puede proponer sus dudas y pedir aclaraciones, pero nó promover discusiones. Las respuestas del doctor son siempre acogidas con deferencia, pues en materia de enseñanza religiosa el verdadero musulman se inclina ante la autoridad doctrinal. ¿Consiste tal vez en esto la explicacion, por lo menos parcial, de la asombrosa vitalidad de que goza todavía el islamismo, á pesar de lo que se imprime en Europa acerca el decrecimiento y la agonía de esta secta? Por lo demás, el mismo nombre de islam ó islamismo indica claramente que la sumision y la dependencia es el principio de esta religion. Islam quiere decir abandono de sí mismo, resignacion á la voluntad de Dios, sumision á su palabra. Hacerse musulman se traduce por el verbo que significa abandonarse, resignarse, someterse.

§ 2.º — *La fiesta.*

Despues de haber descrito el ayuno del Ramadan réstame hablar de los tres días de fiesta que coronan este ayuno de un mes lunar.



El último día del ayuno, en el *asser* ó mitad de la tarde, el Gobierno hace anunciar la fiesta por una salva de artillería (1). Pero no se aguarda este aviso oficial para disponerse á ella. Sastres, zapateros, mercaderes de golosinas y carniceros están entonces sobrecargados de clientes y de trabajo, pues para un musulman hacer fiesta consiste en vestir y comer lo mejor que se pueda.

¿Cómo pasan los ayunadores la última noche del ayuno? Lo ignoro, pero supongo que se preparan, por una dosis ordinaria de sueño, al movimiento de la fiesta del siguiente día. Y de intento digo «movimiento,» pues tal es el carácter especial de la solemnidad.

No es esto decir que las primicias del día no sean consagradas al cumplimiento de un deber religioso, esto es, al rezo público de la *salat el-sobah* (oracion de la mañana) en la grande mezquita llamada *el-amuy*, antigua iglesia de san Juan Evangelista. Muy de mañana la voz del cañon inaugura la fiesta. Los musulmanes invaden las calles. Las tropas se colocan en doble hilera desde el palacio del gobernador hasta la gran mezquita. A una señal ilumínase ésta, y las Autoridades civiles y militares, teniendo por cortejo considerable multitud de empleados musulmanes de toda categoría, á los que se unen todos los otros mahometanos de calidad, se adelantan, al estruendo de la música y del cañon, entre la doble hilera de tropas y llegan al lugar de la oracion, ya invadido por oleadas de pueblo. El interior de la mezquita brilla con mil luces. Los sacerdotes mahometanos están en su puesto. Empieza la oracion, en la que toman parte todos los asistentes, haciendo con mucha gravedad gran número de postraciones, acompañamiento indispensable de toda oracion musulmana. El jeque principal dirige en seguida á la asistencia una exhortacion que termina formando votos por Su Alteza el sultan, soberano de los dos mares y sucesor del Profeta. A cada uno de estos votos los asistentes, descubierta la frente por respeto, contestan á una sola voz: *Amin!* (Amen).

Terminada la exhortacion, la música anuncia la salida de las Autoridades, que se detienen algunos instantes en el patio rodeado de una galería abierta que sirve de avenida á la mezquita, para gozar del espectáculo de los fuegos artificiales. Luego el cortejo vuelve al palacio ó serrallo del uali, con el obligado acompañamiento de la música y de la artillería.

(1) Véase á propósito de esto un incidente que se produjo en Damasco la antevíspera de la fiesta del Ramadan del año 1872. Caía la tal fiesta el primer lunes de Diciembre, segundo día del mes. Pues bien, el sábado anterior, 30 de Noviembre, llegó de improviso á Damasco un duque de Sajonia que se dirigía á Tierra Santa. El Gobierno fué advertido á tiempo, de modo que pudo enviar á su encuentro un destacamento de tropas y oficiales de policía con la música militar. Hasta aquí todo iba bien. Mas hé aquí que el cañon de la fortaleza viene á hacer coro con la música, y esto precisamente en el *asser*. ¿Qué sucedió? Que los musulmanes, que ignoraban la llegada del duque de Sajonia, se imaginaron naturalmente que estas salvas de artillería les anunciaba para el día siguiente la fiesta del Ramadan. De ahí gran sorpresa, suma agitacion y escándalo entre los verdaderos discípulos de Mahoma. ¿Cómo la Autoridad civil se habia equivocado en un asunto tan grave? ¿Cómo los musulmanes consentirian en acortar de un día el ayuno sagrado y adelantar la fiesta consiguiente? No se explicaban una violacion tan manifiesta de la ley. Parecía que el mahometismo acababa de ser quebrantado hasta sus fundamentos. Los curiosos que asistieron á la entrada solemne del príncipe sajón, dieron luego la explicacion del misterio y tranquilizaron las conciencias musulmanas. ¡Magnífica leccion para tantos cristianos de Europa que se cuidan tan poco de los ayunos como de las fiestas de precepto!

Al llegar al serrallo el uali recibe las felicitaciones de la compacta multitud que le ha seguido y del mismo muchir, la primera Autoridad militar del walayet (1). Despues de haber hecho servir refrescos á los visitantes, el uali se apresura á devolver al muchir su visita, y luego vuelve al serrallo para recibir á los patriarcas, obispos y cristianos láicos de distincion. Todas estas recepciones tienen lugar al son de la música militar.

Al día siguiente el uali se presenta en casa de dos personajes musulmanes: el emir Abd el-Kader, que goza en Damasco de la más alta consideracion, y el cónsul de Persia. Sólo visita á los cónsules de las potencias europeas en el día que celebran la fiesta de sus soberanos respectivos.

El pueblo musulman tiene tambien sus visitas de rigor. Cada uno va á ver á sus parientes, sus amigos, sus principales y conocidos. Abrázanse por las calles, en los cafés, en todas partes, repitiendo la fórmula sacramental: *Aid mobara kala khadratak* (fiesta bendita para tí, literalmente á tu Excelencia).

Cumplido este primer deber para con la sociedad, recorren la ciudad en todos sentidos; pasean á los niños, engalanados como muñecos, hártanse de frutas y golosinas, compran juguetes para los pequeñuelos, fuman mucho *narahils* (pipas persas) y vacian innumerables tazas de café. En las calles hay un vaiven continuo; es una confusion abrumadora. Los millares de mercaderes al por menor que instalan en el suelo sus variadas riquezas, hacen sin duda su agosto.

Tal es la fiesta del Ramadan con toda su belleza.

## TRÍPOLI.

*Extractos de cartas del P. Guillet, misionero de Argel, superior de la Mision de R'dames.*



NADA tiene la pequeña ciudad de R'dames que recuerde las ciudades de Europa ni siquiera del litoral mediterráneo. Las casas, edificadas con anchos ladrillos planos secados al sol, tienen no obstante primer piso y azotea. Pero están de tal suerte amontonadas unas con otras y tan completamente cerradas, que más bien ofrecen el aspecto de confuso conjunto de paredes que el de una ciudad. Las calles no son por lo regular sino angostos espacios por los que sólo puede transitarse de uno á uno. Nada de mostradores ni ventanas. Una puerta de gruesas tablas de palmeras es la única comunicacion con el exterior; y como si esto no fuese bastante, las calles no están á cielo raso, sino cubiertas con la prolongacion del primer piso, de suerte que á pesar de los pocos pasos que se ha dejado á la luz á ciertas distancias, no son otra cosa que subterráneos, tan sombríos á veces, que es preciso tantear con la mano y el pié para encontrar el camino. (V. los grabados de las págs. 433 y 437). De este modo se atraviesa la ciudad casi sin verla.

En ciertos sitios, no obstante, se han ensayado algunos adornos. Las calles son tres ó cuatro veces más anchas y forman una especie de cuadrado más ó menos regular, cubierto con una bóveda sostenida por pilares. Las paredes enyesadas están llenas de dibujos hechos groseramente, entre los que hemos tenido el gusto y la

(1) El título de muchir corresponde al español de general.



sorprende de ver varias formas de cruz, probablemente trazadas por los Tuaregs. En torno de estas plazas públicas y también a lo largo de algunas calles más importantes se encuentran bancos de arcilla, en donde los R'dameses se ocupan, unos en hacer zapatos de cuero amarillo ó bordar pantuflos, y otros, en mayor número, no haciendo nada, ó pasando todo lo más las cuentas de sus largos rosarios.

Es difícil evaluar con precisión la población de R'dames, y los mismos habitantes se declaran incapaces de dar su cifra. Parece indudable, sin embargo, que excede de 3,000 y no llega á 5,000 almas. Comprende cuatro clases distintas: los nobles, los ataras, los hameranas y los esclavos.

Los nobles pretenden descender de antiguas familias de la raza de Mahoma que se fijaron en R'dames al tiempo de la conquista. Envanecidos con su título, desprecian á las otras clases, sobre todo á los ataras y á los esclavos. Nunca contraen matrimonio con individuos de estas dos castas, ni consienten en sentarse en los mismos bancos. Muchos son ricos comerciantes, mientras otros se ven reducidos á la miseria. Entonces recurren para ganarse la subsistencia á alguna industria, pero de ninguna manera se dedican á un trabajo manual vulgar, pues creerían deshonorarse. Con el escaso dinero que pueden ganar compran vestidos y zapatos de lujo, prefiriendo sufrir hambre antes que parecer pobres. ¡Cuánto dista esto del Cristianismo, que enseña no sólo á no avergonzarse de la pobreza, sino á amarla con tanta mayor pasión que los mundanos las riquezas! Las mujeres nobles no tienen libertad para circular por las calles. Se les deja las azoteas de las casas, que comunican todas entre sí por medio de calles ó pasillos. Los hombres no suben allí sino una vez al año, por la fiesta magna, día en que las mujeres bajan á los corredores. Estas forman así en los terrados una ciudad y sociedad distintas, y tienen sus mercados, reuniones y fiestas aparte.

Los ataras son descendientes de negros libres ó libertos, y entre ellos se cuentan los pocos obreros de R'dames: infelices obreros que conocen apenas los primeros elementos de sus oficios. No obstante, se hacen aquí varios objetos con cierto arte, como cestos, pantuflos bordados, etc., pero son obra de las mujeres ó de los nobles. Algunos ataras se dedican con éxito al comercio entre Trípoli y el Sudan, y algunos de ellos son de los más ricos de la ciudad. Las atriatas, ó mujeres de los ataras, no están reclusas como las de los nobles.

Los hameranas son intermedios entre los nobles y los ataras. Descienden de negros, que poco á poco han conseguido elevarse sobre los ataras y hacerse admitir á veces en la compañía de los nobles. Se frecuentan asimismo con los ataras.

Los esclavos forman evidentemente para nosotros la parte más interesante. Son traídos sobre todo del Haussa y de Tombuctu, y pertenecen á casi todas las regiones del Sudan. Por su natural alegre y su carácter franco y bueno contrastan con los R'dameses, siempre graves, acompasados, pretenciosos y desconfiados. Tienen organización propia, establecida por sus dueños, y que les fija hasta los días y sitios en que pueden reunirse para danzar. Parece tienen decidida afición á este ejercicio, al que se entregan con placer, acompañándose de cantos,

de un instrumento músico cuyo sonido recuerda el de la gaita, de una especie de grueso tambor y también de anchas castañetas de hierro. A veces danzan en una plazuela situada frente la puerta de nuestra casa. Entre otras vinieron una vez cierto día de fiesta, vestidos con ricos trajes que sus amos les proporcionan en tales circunstancias. La pieza más curiosa de su tocado es una especie de tela volante y blanca que baja hasta las rodillas. Los numerosos pliegues de esta tela se ensanchan mucho hacia la base, y á los menores movimientos del cuerpo toma las formas más variadas y elegantes. Los bailarines, en círculo al rededor de los músicos y del director de la danza, giran sobre sí mismos, haciendo todos uniformemente varias evoluciones. De vez en cuando, bajo la impulsión del jefe de coro, los cantos se animan, los movimientos se hacen cada vez más acelerados, y los más ágiles giran con increíble rapidez. Entonces es cuando la tela de que he hablado produce su más hermoso efecto y forma en torno del danzante una ancha y bella corona, semejante á un ligero vapor. El canto de los negros, sin ser notable, tiene más melodía y medida que el de los árabes. Aquellos infelices divierten así su esclavitud y tratan de olvidar su miseria, recordando los inocentes placeres de su patria. Por lo demás, las mujeres no toman parte en estos bailes; tienen otros, de los cuales no he podido procurarme suficientes datos para referirlos aquí.

No parece que los esclavos sean maltratados en R'dames: mientras están en estado de trabajar reciben de sus dueños el vestido, y á juzgar por sus rostros, generalmente llenos, el alimento necesario. No sucede siempre así por desdicha cuando son incapaces de prestar servicio. Conocemos un viejo esclavo que, después de haber pasado su vida en enriquecer á su dueño conduciendo caravanas del Sudan, se ve ahora desechado y abandonado porque es harto viejo para ser útil. Su amo, uno de los más ricos de la ciudad, dicese que le dejaría morir de hambre antes que darle un puñado de trigo. Nosotros en nombre de Nuestro Señor socorremos á este infeliz anciano, y lo hacemos con tanto mayor gusto cuanto, durante los primeros meses de la residencia del Padre Richard en R'dames, fué el único que se dignó acercarse y hacerle compañía. ¡Quiera Dios podamos un día ayudarle á bien morir!

La vista de estos pobres negros y su buen natural no hacen sino inflamar más y más nuestro deseo de ir lo más pronto posible al Sudan, su patria, á fin de anunciar á su raza la buena nueva. ¡Dígnese el Señor escuchar nuestras súplicas y conducirnos allí, á fin de contener lo más pronto posible la rápida invasión de la media luna en aquellas magníficas comarcas!...

La fuente de la ciudad consiste en un manantial muy abundante: el agua sale del suelo á grandes borbotones por varios orificios naturales, y llena un ancho receptáculo, desde donde se extiende por sí misma á todas las partes del oasis. No hay más que hacer sino dirigirla, para regar las palmeras y los jardines. Este manantial era mucho más rico en otro tiempo, y sin duda también lo sería ahora si se limpiase el estanque, que se va llenando cada día más; pero la mayor parte de los R'dameses, en vez de comprender la utilidad de este trabajo, cree que disminuiría el caudal de agua, y por lo tanto



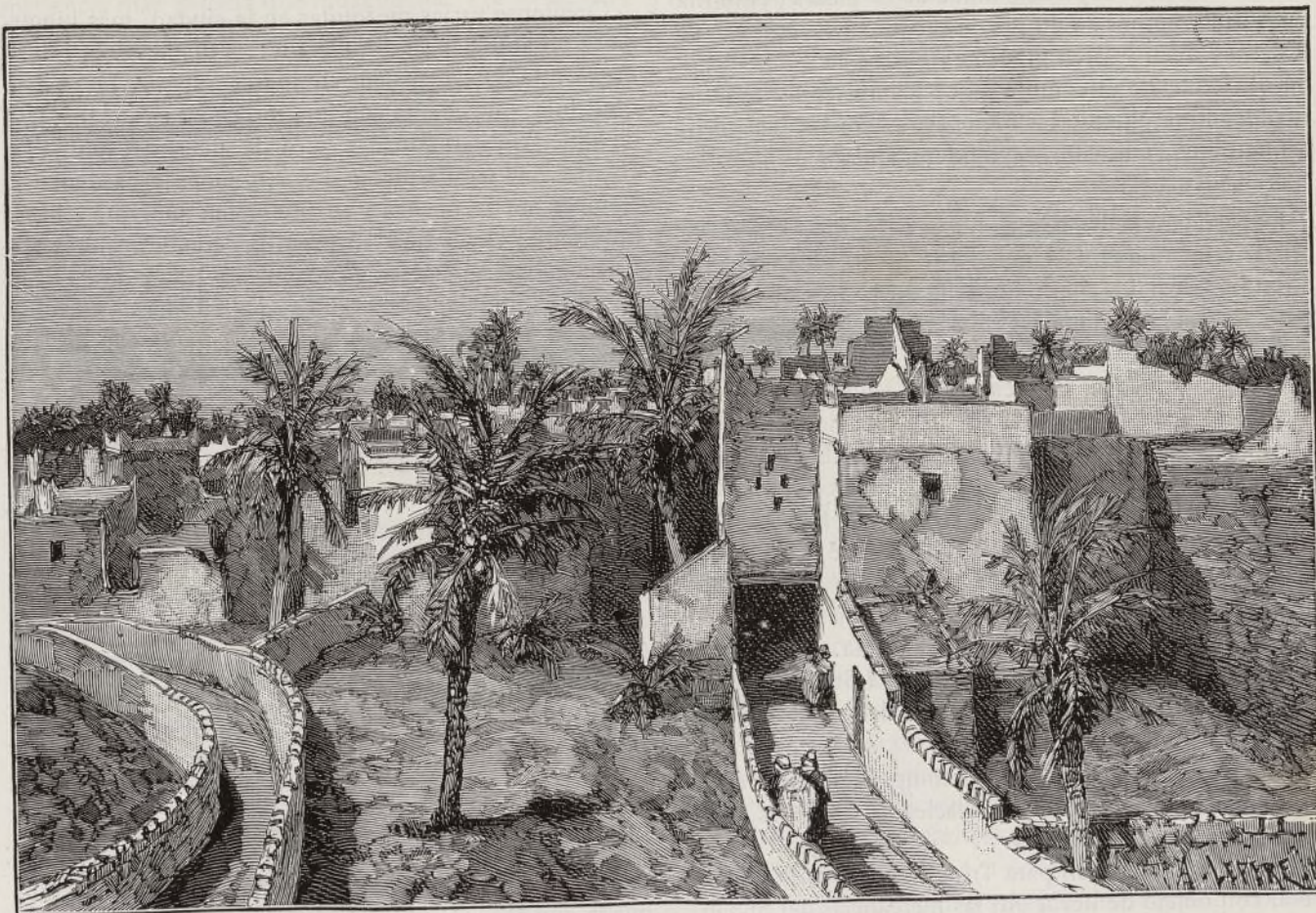
se opone á su ejecucion. La temperatura del agua á orillas del estanque es de 32°, aunque la del aire sea mucho más inferior. Asegúrase que en el mismo lugar donde el agua sale del suelo su temperatura es siempre de 37° próximamente: hartó cargada de azufre y de otras materias para ser ligera, sin embargo, tampoco es mal sana.

El oasis de R'dames es pequeño comparado á los del Sur de Argel: puede tener de 1,200 á 1,500 metros de largo, por 500 ó 600 de ancho, y se extiende casi de Este á Oeste. La ciudad está situada á la parte Oeste.

El oasis está dividido en considerable número de jardincitos ó campos, separados por grandes muros. Hay angostos senderos, encajonados entre altas paredes de tierra que le quitan todo su encanto. El terreno es ferti-

lísimo. Las palmeras son allí bellas y vigorosas; empero sus frutos son inferiores á los dátiles de Uargla y de Suf. Vense asimismo algunas higueras, granados, albaricqueros y hasta cepas que, si fuesen bien cultivadas, probablemente darian mejores rendimientos. Bajo los árboles coséchase cebada y un poco de trigo. A muchas leguas á la redonda el país está desprovisto de toda vegetación: es la desnudez y aridez más completa.

Nunca nos faltan enfermos á quienes cuidar, y ya varias veces se nos ha pedido que los visitemos á domicilio. Por parte de los R'dameses, tan desconfiados y que evitan con el mayor cuidado que los extranjeros puedan entrar en sus casas, es esto ciertamente notable muestra de confianza. Estas visitas nos han permitido ver algo el interior de una casa r'damesa.



TRÍPOLI.—Una calle de R'dames.

Éntrase siempre en ellas por un corredor muy oscuro, en que los piés tropiezan en enormes piedras ó se hunden en invisibles baches. El corredor conduce á una escalera, donde se empieza á ver la luz, y que conduce á un aposento bastante espacioso y bien iluminado. Es la sala de recepción. El amo de casa, sentado sobre esteras y tapices, nos saluda é invita á sentarnos. Devolvémosle el saludo, y sentámonos á su lado en un tapiz. Luego visitamos al enfermo, previamente trasladado á la sala. A nuestra llegada las mujeres han tenido que subir al terrado ú ocultarse. Muchas veces se nos ha ofrecido té ó café.

Esta es la única pieza que hemos podido ver, y generalmente, lo mismo que la escalera, está enyesada y aún á veces adornada con bastante riqueza atendido el país.

Encuéntanse gran número de espejos, á menudo empotrados en las paredes. Cestos bien labrados y platos de cobre adornan y á veces cubren también las paredes.

Lo más curioso que se encuentra en el exterior del oasis son las ruinas que los r'dameses llaman ídolos, consistentes en cuatro ó cinco pilares de piedras unidas con yeso. Aunque haya desaparecido casi enteramente su forma primitiva, puede reconocerse que su base era cuadrada, y por sí sola de algunos metros de altura. En esta base se encuentra un hueco con bóveda, bastante bien conservado. ¿Formaban estos pilares parte de un mismo edificio, ó bien estaban aislados? Difícil es contestar á esto. Sin embargo, la distancia que los separa y la ausencia de vestigios de muros de cerca inclinan á fa-



vor de la última hipótesis; y el hueco abovedado que cubren permite suponer que eran sepulcros. No se encuentra allí inscripción alguna.

Cavando á cierta distancia de esos pilares, en la misma meseta pedregosa, se encuentran fundamentos de construcciones probablemente romanas, restos de la antigua *Cydamus*. Hace pocos años se encontró allí una piedra con una inscripción, y fué enviada á Trípoli. En la ciudad vense todavía diseminados muchos trozos de columnitas, romanas al parecer. Encuéntanse también á veces piezas de moneda antiguas.

Por desdicha aún no hemos podido descubrir en estas regiones vestigio alguno de cristianismo.

Las piedras de las mesetas próximas á R'dames son sumamente ricas en conchas fósiles. Su marca toma con frecuencia, en la superficie unida de la piedra, la forma y las dimensiones de un pie de caballo. Los vecinos de R'dames creen y dicen gravemente que esto son las pruebas de los terribles combates que los guerreros de otros tiempos libraron en estas regiones. «A su lado, añaden, los hombres de hoy no son sino unos niños.»

La partida y la llegada de caravanas nunca deja de causar sensacion en R'dames. Allí es esto como entre nosotros la partida ó el regreso de un largo viaje marítimo, y además militan las mismas razones de temor y de gozo.

Cuando se acerca una caravana, envia adelante un mensajero á fin de anunciar su aproximacion, y se detiene á cierta distancia, á la vista del oasis. Los parientes y amigos de la ciudad, vestidos de fiesta, salen á su encuentro con provisiones de boca, y pasan la noche comiendo y regocijándose. El día siguiente se dirigen juntos al oasis, gastando no poca pólvora en salvas. Los que el día antes no pudieron abandonar la ciudad acuden presurosos á felicitarles por su llegada.

Al arribo de las grandes caravanas del Sudan hay fiesta general. Todo R'dames, excepto las mujeres, sale afuera con vestidos de gala.

A la partida conténtanse con acompañar la caravana á cierta distancia en el desierto, haciendo repetidos votos para que tenga buen viaje.

Las caravanas parten para Trípoli á fines de la primavera, con objeto de llevar allí las mercancías del Sudan, permanecen casi todo el estío en esta ciudad, donde hacen nuevos cargamentos; regresan á R'dames, y vuelven en otoño al Sudan, no saliendo hasta al terminar el siguiente invierno.

Varios caminos conducen de R'dames á Trípoli, ó mejor hay dos principales, el de Sinaun y el de Dorge, que se subdivide en otros varios, cruzando el Djebel. El más corto es el primero, pero en la actualidad se dice que es el menos seguro, razon por la que la caravana á la que cierta vez se unió el P. Richard tomó la de Dorge, pequeño oasis situado en una depresion de la gran meseta Hamada, á dos jornadas y media de R'dames. Este camino evita el temible paso de El-Mezzezen, á una jornada de R'dames, infestado de ladrones.

Además de los caminos de Trípoli hay otros que convergen á R'dames: el de R'at, los de Uargla y de Suf á través de las dunas del Erg, los del Fezzan, los de Ain Salah y de las diversas tribus Tuaregs.

Los caminos no son contruidos y conservados por manos de hombres. Los más buenos, en el desierto, sólo consisten en la reunion de pequeños senderos marcados á la larga por el paso de los camellos. En las dunas casi no hay vestigios de camino: sólo puede reconocérsele por la forma de los montecillos y de los espacios intermedios que los separan; mas esto es allí una cosa difícil de la que muy pocos, aún entre los Chambaas y Suafas, son capaces. Los que pasan el Erg se guían especialmente por el sol y las estrellas.

La sola bestia de que se sirven en los viajes es el camello. No hay en R'dames caballos ni mulos: encuéntranse allí algunos jumentos, pero únicamente se los emplea para los trabajos á domicilio.

Cuéntanse varias mezquitas en la ciudad, mas ninguna es notable por su arquitectura, á lo menos exteriormente: tampoco tienen alminares, aparte la grande mezquita, que cuenta con una torre baja y estrecha. Dos de aquellas están situadas cerca de nuestra capillita, y en ellas hay regularmente dos reuniones cada semana, siempre por la noche, y se prolongan á menudo hasta muy tarde. Desde que empiezan los grandes calores tienen lugar en la azotea de cada mezquita, y desde aquí oímos distintamente los cantos, que en una de ellas son más bien gritos. Alternan dos coros, repitiendo casi invariablemente estas mismas palabras: *La Allab, ila Allab!* (No hay más Dios que Dios). Poco á poco se eleva el tono, las voces se enronquecen, el movimiento se acelera, hasta que todos aullan con rabia dicha cantinella. Quien no supiese de dónde vienen tales gritos creeria oír ladridos de perros furiosos. Estos frenéticos prosiguen hasta perder el aliento. Cuando están rendidos continúan en tono más moderado, se animan de nuevo para concluir con los mismos horribles clamores, y vuelven á empezar otra vez, durando esto dos horas enteras.

Estos gritos que nada tienen de humano nos entristecen sobremanera: los oímos con frecuencia, y cada vez nos hacen estremecer. Parecen demonios del infierno vociferando con desesperacion, á quienes han arrojado del cielo y precipitado en el abismo de fuego: «¡No hay más Dios que Dios! ¿Quién como Dios?» Mas estos infelices tienen alma, alma que Nuestro Señor ama todavía y que puede aún tener la dicha de amarle. Asi es que la piedad y la caridad reemplazan luego en nosotros al horror. ¡Ojalá nos sea posible en breve enseñarles á conocer y adorar á Dios, y á cantarle himnos más dignos de la divina Majestad!

No todos aprueban estos gritos: muchos comprenden que esto no es una oracion, y van á otras mezquitas en que el ritmo tiene más calma y gravedad...

La cebada y el trigo, sembrados en Setiembre y Octubre, están maduros y segados en Abril. Llevan las gavillas en vastas eras comunes, en donde se las deja al sol cerca de un mes. Entonces se bate el grano con ramas de palmera y luego lo aventan. Cuando todo está recogido, cada uno va á buscar un poco de polvo de la era, y una tarde los jóvenes de un mismo barrio se reunen para celebrar la conclusion de los trabajos de la cosecha.

Precede un individuo con un azadon, que es aquí el instrumento de labranza por excelencia. Siguen un grupo de jóvenes, acompañados de dos grandes tam-



bores y una gaita. Luego, á cierta distancia, otro grupo de jóvenes nobles, con los mismos instrumentos de música, cerrando la marcha algunas mujeres atriatas. Iluminan el cortejo grandes antorchas con ramas de palmera. Los jóvenes, vestidos con trajes ricamente bordados, y armados con una espada, se mantienen en doble hilera, de dos en dos, con los brazos izquierdos entrelazados y las espadas cruzadas encima. Adelántanse de esta suerte y con suma lentitud, ejecutando á intervalos, primero de dos en dos y luego de cuatro en cuatro, algunas pantomimas. Durante este tiempo baten los tambores, las gaitas dejan oír sus más caprichosos sonos, y las mujeres cantan acompañándose con una especie de tamboril.

El carácter bufon que domina en esta fiesta le da una apariencia más pagana que musulmana. Por lo demás, no es este el único resabio de paganismo que aquí se encuentra. La leyenda de Polifema entre otras está muy en boga, y hasta llega á asegurarse que el ciclope vive todavía, y que tiene su antro en grandes montañas, á la otra parte del Sudan.

«El mes del Ramadan, mes del grande ayuno musulman, escribía el P. Guillet con fecha del 20 Agosto de 1879, ha empezado hace dos días en todos los países musulmanes, mas aquí se aguarda á la nueva luna, y no se la ha visto hasta esta noche. El Cadí, pues, acaba de declarar oficialmente abierto el Ramadan, y por todas partes lo anuncian con descargas de fusil.

«Este ayuno, sin significacion alguna, como la mayor parte de las prácticas musulmanas, es origen de extraordinarios excesos... Durante el mismo el buen musulman tiene escrúpulo hasta de enjuagarse la boca y tomar remedios, y los hay que hasta rehusan que se les introduzca un colirio en los ojos. Mas apenas el almuédano ha anunciado el fin del día, cada cual se desquita á más y mejor. En R'dames se venden, durante el Ramadan, toda suerte de golosinas y se abren cafés públicos, que no existen en tiempo normal. La noche, pues, se pasa en la buena mesa y en los placeres, y duérmese de día. De esta suerte, para los ricos por lo menos, el ayuno consiste simplemente en hacer del día noche y de la noche día, y á tratarse mejor que de costumbre. Sin embargo, para los que se ven obligados á trabajar, el Ramadan ha de ser realmente penoso, y sobre todo cuando cae en estío, la sed es un verdadero suplicio. Entonces se abrevia el trabajo de los esclavos, quienes vuelven de los jardines antes que el sol tenga toda su fuerza.»

El mismo Padre da los siguientes pormenores acerca la clausura del ayuno:

«El Ramadan terminó ayer, 17 de Setiembre, y en R'dames, como en todo el mundo musulman, se ha celebrado su terminacion con lo que se llama «la pequeña fiesta,» que aquí dura tres días, pero que es muy pacífica, sin fuegos públicos ni brillantes fantasías. Los R'dameses, aún los jóvenes, no se inclinan á los ejercicios repugnantes, antes bien parece encuentran su dicha en los ejercicios de familia y tambien en componerse. Esto, en efecto, es una verdadera pasión, hasta entre los pobres, y hoy hemos visto quienes, no teniendo siquiera una medida de trigo, se pavonean con magníficos trajes tunecinos, bordados de plata y oro.

«El día de la clausura del Ramadan los esclavos tienen su fiesta de regla. Los que habitan en nuestro distrito han bailado frente de nuestra casa. Sus mismos amos determinan el sitio de antemano, y les obligan á concurrir bajo pena de castigo. Y para mejor hacerles sentir, aún en sus juegos, que son esclavos, uno de ellos ha de llevar un haz de cuerdas y palos para azotarles si se hacen culpables de alguna falta. A pesar de todo, esos negros juegan con tan buena voluntad que siempre tenemos gusto en verlos.»

A fines del mes los Tuaregs han traído á R'dames para su venta pescado seco cogido en los receptáculos naturales de su país. Esos peces tienen largas barbas, miden próximamente un pie y son gruesos como el brazo: pertenecen sin duda á la especie que menciona Duveyrier. Comemos de ellos, aunque no se los haya secado con el debido cuidado y limpieza. Frescos, tendrían á poca diferencia la carne y el sabor de la tenca.

Los Issakamarens, tribu del Hoggar, han traído de su país multitud de jumentos para el mercado de R'dames. Aunque numerosísima y muy rica, esta tribu no es noble, motivo por el que goza de poca influencia entre los Tuaregs, y la llaman, como á la de los Ifur'as, tribu morabita, esto es pacífica y que no hace barrabasadas. Con los Ifur'as, los Issakamarens son entre todos los Tuaregs los que vienen con más frecuencia á R'dames. Algunos de ellos nos han hecho una visita. A juzgar por sus jumentos y camellos, su país, por lo menos este año, posee excelentes pastos. Los camellos gordos se despachan muy bien aquí para el consumo, pues aunque su carne es dura é indigesta, hace bastante buen caldo.

Abd el-Hakem, que es entre todos los Ifur'as el que nos ha manifestado más vivo interés, y tal vez el único que pueda sernos útil, nos ha escrito desde Temassanin, en donde posee palmeras. Nos informa que su tribu y la de los Imeyrassatens van á acampar juntos este invierno en el Igharghar, á pocas jornadas de R'dames. Esta sería excelente ocasion de entrar en relaciones con los Tuaregs y quizá de establecernos entre ellos. Lo pondremos en conocimiento de nuestros superiores para que decidan lo que deba hacerse.

Temassanin está situada á diez jornadas próximamente de R'dames, en el camino de Tuat. Aunque sea allí el agua muy abundante y buena, y fertilísimo el suelo, carece de poblacion fija. Los Ifur'as, á quienes pertenece este oasis, van allí á hacer la cosecha de los dátiles, pero no se establecen para dedicarse al cultivo, por temor de despertar la codicia de sus vecinos y ser víctimas de un ataque. Atendido lo que se dice de Temassanin, hay allí todo lo que se necesita para la fundacion de una ciudad.

Tambien hemos tenido ocasion estos últimos días de conocer á uno de los hombres más influyentes de la tribu de los Imeyr'assatens, Mohamed ben-Brahim, que goza de mucha autoridad, no solamente en el Azguer, si que tambien en el Hoggar, y pasa en R'dames por un hombre seguro una vez ha empeñado su palabra. Este es uno de los que principalmente queríamos atraer, y hé aquí que la Providencia nos lo conduce. El año último ya vino á vernos, y mostró deseos de ponerse en relacion con nosotros; mas entonces estábamos prevenidos



contra él, lo mismo que contra toda su tribu, y permanecemos desconfiados. Hoy creemos todavía que los Imeur'assaten, si quieren perjudicarnos, son ciertamente los más temibles bandidos Tuaregs á quienes hemos de temer; pero también parece cierto que, una vez convertidos en amigos nuestros, son los que más merecen nuestra confianza. Juzgamos, pues, utilísimo ganarlos: por esto hemos tratado cordialmente á Mohamed ben-Brahim, y le hemos dado medicamentos y algunos regalos. Ha quedado al parecer contentísimo, y se ha puesto á nuestra disposición para conducirnos á R'at. Va á partir para el Air, á donde se ha comprometido á guiar una caravana, y volverá por la primavera.

El P. Richard le habló de dos bandas de Tuaregs que estuvo á punto de encontrar en Mézezen. Ben-Ibrahim aseguró que no le hubieran hecho daño alguno, pues ya nos conocen y sólo nos quieren bien.

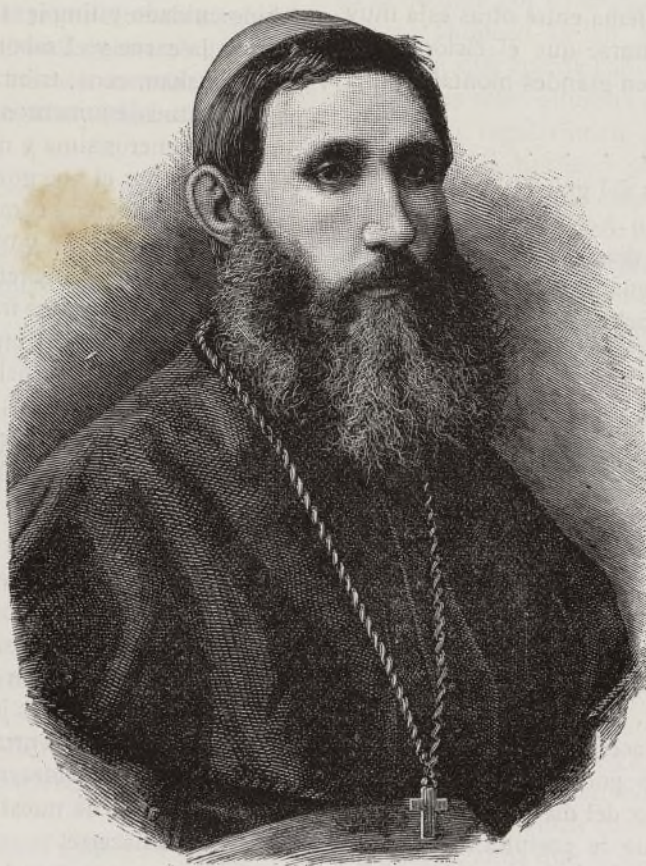
Diez Chambaas, recientemente llegados á R'dames con objeto de vender camellos, han venido á visitarnos.

Esta tribu, que depende del Aghalik de Uargla (hay también el Chambaas de El-Golea y el de Metlili), cuenta más de 600 tiendas. Su territorio se extiende principalmente desde Uargla en dirección de las grandes dunas de arena llamadas el Erg, que aquella comparte con los Suafas. Esencialmente nómadas, los Chambaas poseen muchos camellos y carneros; se nutren de la carne y leche de las gacelas, de la caza que cogen en el Erg, donde abundan las gacelas y los antílopes; de los dátiles y de trigo. Van á buscar los dátiles en Uargla, donde poseen su parte de palmeras: no cosechan trigo, pero lo compran en algunos centros del Sud de Argel. Bajo el punto de vista del bienestar están mucho más adelantados que las poblaciones de Trípoli, que en su mayor parte viven de cebada, de aceite ó de pésimos dátiles. Los Chambaas van asimismo mejor vestidos: sobre el *haik* ó la *gandura* traen siempre el albornoz, mientras que los otros habitantes del país no llevan comunmente sino un miserable *haik*.

Antes de ser sometidos á Francia los Chambaas eran el terror del desierto. Sus *mebaras* recorrían como dueños Trípoli, el país de los Tuaregs, el Tuat, el Susara y llegaban hasta el Océano. Únicamente los Tuaregs se atrevían á luchar con ellos, y aún concluyeron por vencerlos. Empero después de su sumisión han tenido que re-

nunciar á estas expediciones bárbaras y buscar fortuna por un medio más tranquilo y honrado, reconociendo ellos mismos que gozan ahora de mayor prosperidad. Sin embargo, sus instintos belicosos y su pasión por las aventuras no se avienen con una existencia tan pacífica. Quisieran, por lo menos de vez en cuando, poder ensayar la fuerza de su brazo, como dicen, y probar que si aman la paz, no es por cobardía ni por debilidad. Así es que se han ofrecido al gobernador para defender al Aghalik de Uargla contra las correrías de ciertas tribus, mediante exención de impuestos. El Gobierno se ha negado á ello, pues era sin duda harto prematuro, después de su rebelión de 1871, para que pudiese fiarse de ellos.

Con todo, los Chambaas parecen ser los hombres que más le convienen á Francia para el Sahara. Muy sensibles al honor, confiados en sí mismos, valientes y fieles, algo caballerescos, ávidos de botín tanto como de gloria, acostumbrados desde la infancia á las privaciones y fatigas de los largos viajes en el desierto, del que conocen perfectamente los caminos y los pozos; ya superiores á todos aquellos contra los que estuvieran en el caso de combatir, á causa de su destreza en el manejo de las armas de fuego, superioridad que aumentaría mucho el día en que pudieran confiárseles fusiles de largo alcance, los Chambaas parecen ser el natural medio de que se debe servir Francia, no sólo para proteger el Sur de Argel contra los ataques de las tribus, si que además para poner fin al bandolerismo en todo



MONS. BRACCO, patriarca latino de Jerusalem. (Pág. 449).

el Sahara y dar seguridad á los viajeros.

Bajo nuestro punto de vista la tribu de los Chambaas no carece de interés. Nuestros misioneros de Uargla se pusieron ya en relación con ellos, y pronto ganaron su confianza y simpatías. No encontraron, de su parte, dificultad alguna para establecerse y llevar con ellos la vida nómada. Aquí nos han continuado estas buenas disposiciones, y cuando queramos encontraremos en ellos excelentes guías para ir á R'at, al Hoggar ó al Tuat.

La lluvia, escribía el sobredicho Padre el 29 de Setiembre del mismo año 1879, es aquí cosa tan rara que se la tiene por un verdadero acontecimiento. Los niños corren dando voces de júbilo; en los terrados las mujeres cantan, y en las calles los hombres se sa-



ludan diciendo: «¡La lluvia, la lluvia! ¡Bendición de Alah!»

Y en otra carta del 25 de Noviembre añadía:

«Los R'dameses celebran hoy lo que los musulmanes llaman «la grande fiesta,» en conmemoración del día en que, según su tradición, Abrahán quiso hacer morir á su hijo Ismael. Todas las banderas flotan en las mezquitas, y cuando el sol empieza á subir un poco en el horizonte, cada familia inmola un cordero para obedecer al falso Profeta. De este cordero no ha de quedar nada; es preciso comer hasta sus entrañas y su piel. Se da la mitad de él, ó á lo menos la tercera parte, á los parientes y vecinos.

«Hoy es el único día del año en que se permite que las mujeres nobles salgan á la calle: por su parte los hombres pueden subir á los terrados.»

.....

R'dames está edificado en un pequeño oasis al que rodea por todas partes, con varias jornadas de camino, el más árido y triste desierto, razón por la que no hay en los alrededores propiamente dichos ninguna tribu nómada. Los nómadas más próximos son los Chambaas, al otro lado del Erg, y los Ifur'as, cuyos campamentos están este año á más de diez jornadas de la ciudad, en el Igharghar.

Créese que R'dames es la antigua Cidamo. Por lo menos es cierto que los romanos la ocuparon durante mucho tiempo, como lo atestiguan las inscripciones y monedas allí encontradas. Por lo demás, existe manifiesta semejanza entre los dos nombres R'dames y Cidamo, sobre todo si se da á la C latina el sonido duro de la K, como quieren ciertos gramáticos. La ciudad empero debió existir antes de la ocupación romana, á juzgar por las ruinas y restos de columnas de un estilo diferente, y por la inscripción en caracteres semigriegos y semidesconocidos de que habla el Sr. Duveyrier.

La población indígena de R'dames es de raza berébere. Encuétranse también árabes, pero forman un elemento aparte y ocupan un barrio especial. El resto de los habitantes comprende los negros y los que proceden del comercio de los amos con sus esclavos.

Está dividida la ciudad en dos secciones principales: los Bu Ulid y los Tinguezin. Estas secciones, subdivididas en fracciones, se remontan, según se dice, á las dos ramas principales que poblaron á R'dames. Rivalen desde el principio, han crecido una al lado de otra, pero sin unirse. En otro tiempo hubo entre ellas sangrientas discordias, y aún ahora evitan mezclarse y están continuamente en conflicto. Sus barrios, completamente distintos, conducen á la plaza del mercado, que les es común; pero permanecen en ella sentados unos á un lado, y otros al opuesto, sin tener ninguna relación entre sí. Las transacciones comerciales se verifican por medio de subastadores. Los Bu Ulides son los más poderosos de la ciudad, pues entre ellos se encuentran el dinero y el comercio. Respecto á los Tingezines, poseen más casas y palmeras. Cada una de estas secciones tiene sus nobles, sus ataras y sus negros, y todos comparten la común rivalidad contra la otra sección, alimentando mutuamente, unos contra otros, la antipatía de raza.

R'dames tiene su lengua propia, que es un dialecto berébere bastante parecido al de los Tuaregs y probable-

mente del Kabila. Háblase también en ella el árabe, consagrado á la ciencia y á los negocios, y casi todos lo saben leer y escribir. La mayor parte de los R'dameses poseen además diversos dialectos del Sudan, sobre todo los de Husa y del Bornu, de donde vienen la mayor parte de los esclavos.

El vestido generalmente más en uso entre los R'dameses es el *baik*, que traen sin el cordón. El albornoz es raro. Algunos visten los trajes del Sudan y traen el velo á la boca. Todos van más ó menos cargados de amuletos, contenidos en bolsas de cuero. El calzado común consiste en zapatos planos, de cuero amarillo, groseramente trabajados.

El mercado se celebra en R'dames el viernes en una plaza poco espaciosa, y es habitualmente desanimado. Apenas se encuentra en él otra cosa que los artículos de primera necesidad: la cebada, que constituye el alimento de la mayor parte de los habitantes, un poco de trigo y á veces carneros. Estos productos los traen del Djebel y de Túnez. Los Chambaas y los Suafas acuden á él con dátiles, algunos albornoces, y gacelas y antilopes que matan en las dunas durante el invierno, y de que á veces llenan el mercado. Los objetos de gran comercio entre Europa y el Sudan sólo aparecen en él cuando sus propietarios tienen necesidad de dinero. Todos los jueves de primavera y estío hay mercado para las plumas de avestruz. Pueden también comprarse á domicilio y en algunas tiendas de la ciudad todos los artículos de más consumo... En el mercado sobre todo es donde van á buscarse las noticias.

.....

La industria de R'dames se encuentra todavía en su infancia; mientras que el comercio, por el contrario, juega allí un papel considerable, y esto desde la época más remota. En la Edad media sus caravanas iban ya al Sudan á buscar esclavos y oro. Hoy día, aunque no saquen de la venta de los esclavos los inmensos beneficios que en otro tiempo, hay todavía entre ellos grandes fortunas. El comercio se ejerce entre Trípoli por una parte, y Kano ó Tombuctu por otra; Kano por R'at, y Tombuctu por el Tuat. Empero las relaciones con Tombuctu van perdiendo cada vez más su importancia á causa del estado de anarquía y de decadencia en que ha caído esta ciudad. Las transacciones con Kano aumentan, por el contrario, en la misma proporción. Asegúrase que muchos comerciantes están agobiados de deudas, y que más de una fortuna está amenazada de desaparecer en manos de los judíos de Trípoli. Como el manantial de agua que fertiliza el oasis va disminuyendo paulatinamente, y por consiguiente se reduce casi cada año la extensión de los terrenos cultivados, R'dames está más bien en camino de decadencia que de prosperidad.

A pesar de sus peligrosas y rudas expediciones comerciales á través del desierto, los R'dameses no tienen instintos guerreros; sus inclinaciones más tienden á las del ciudadano que del soldado, y entre ellos la cuestión son reales, como en Londres los chelines y las esterlinas. Tienen habilidad suma en contar de memoria, á lo que se les acostumbra probablemente desde la infancia en la escuela, al mismo tiempo que se les enseña el árabe y el Corán. En cambio no se distinguen por su valor, y aún se les moteja de cobardes. Convertidos á causa de esto

\*



en ludibrio y á menudo en víctimas de las audaces tribus del desierto, sólo á fuerza de destreza y de regalos consiguen franquear el camino á sus caravanas. Y siendo los Tuaregs á quienes hay más que temer en estos viajes, su política constante consiste en mantener con éstos relaciones de amistad.

Los R'dameses son mahometanos fervorosos, y creo que fácilmente se exaltarían en sus sentimientos religiosos, convirtiéndose en verdaderos fanáticos. Dicese que hay entre ellos algunos Khuans, de la cofradía de Temacin, y también unos cuantos Snussi, enemigos jurados del nombre cristiano.

No hay en R'dames hosterías ni posadas. Los viajeros reciben hospitalidad en casa de los vecinos: cada extranjero tiene su *s'hab* ó amigo que le da gratis alimento y habitación durante todo el tiempo de su permanencia, habiéndolos que viven así meses enteros á costa de su *s'hab*. Los Tuaregs reciben también el alimento, pero van á descansar á sus tiendas, en la llanura vecina: no pueden resignarse á dormir dentro los muros de una ciudad.

R'dames está sometida al Gobierno turco de Trípoli y le paga tributo. El representante de la Regencia es un oficial inferior con el título de Kaimacan, que sólo tiene por auxiliares tres agentes de policía sin armas. Preside el Consejo administrativo de la ciudad, pero su autoridad es casi enteramente nula. Un Cadí, reconocido también por el Gobierno, es de hecho, sino de derecho, casi independiente del Kaimacan, de suerte que las funciones de este último se limitan, en definitiva, á percibir el impuesto y á castigar los insignificantes delitos que se cometen en la calle. El Gobierno recibe el dinero, que es todo lo que quiere, y deja que los poderosos de R'dames administren la ciudad como mejor les cuadre y se permitan impunemente toda suerte de exacciones é injusticias.

El 10 de Diciembre escribía el P. Guillet:

Un joven Targuy, de la tribu de los Ifur'as, recientemente llegado á R'dames, viene á vernos con frecuencia. Es uno de nuestros amigos del año último. Nos ha regalado su lanza y un bonito saco de cuero para viaje, obra de su madre. Le tratamos bien, y nos complace-mos en conversar con él sobre su país y su tribu. Según nos ha dicho, se encuentran en el Ued Tikhammalt y en los otros Ueds vastos terrenos cultivables, con grandes árboles; mas los Tuaregs son enemigos del trabajo y no cultivan: bástales la leche y la carne de sus rebaños. Ni siquiera se dedican á la caza, aunque ésta abunda en su país. Los hombres pasan el tiempo hablando juntos en un lugar determinado, donde se reúnen al efecto. Los jóvenes se ejercitan en el manejo de la lanza y del sable; el fusil es por ahora poco usado. Las mujeres se ocupan en la tienda confeccionando vestidos ó arreos para los *mebaris*. Por la tarde todos se reúnen para oír como las mujeres tañen el violín ó cantan el elogio de algún héroe. Así se pasa la vida de estos fieros hijos del desierto. Libres en su inmensidad, robustos, contentos con poco, amigos de los goces de familia, llevarían la más tranquila existencia si á veces los feroces instintos no les arrastrasen á los furores del bandolerismo, ó si sequías de muchos años no desolasen con harta frecuencia su territorio.

La mujer Targuia ocupa en su familia y en su tribu el rango legítimo que le corresponde, y goza de mucha in-

fluencia, circunstancia feliz que contribuirá sin duda poderosamente á la conversión de este pueblo.

Desde hace algunos días el frío es intensísimo. Todas las mañanas tenemos algunos milímetros de hielo. Esta temperatura, casi increíble á semejante latitud, hace sufrir tanto más cuanto los calores son extremos y que aún en invierno apenas puede soportarse el sol del medio día. Así es que están aquí temiendo un próximo estío abrasador, pues los ancianos de acá dicen como en Europa: «A invierno frío, verano caliente.»

La miseria amenaza agravarse el año próximo en R'dames. No ha caído suficiente agua en el Djebel, y hasta ahora apenas se ha hecho la siembra; por otra parte los camellos se encuentran en un estado que imposibilita el transporte de Trípoli á R'dames. De consiguiente no se podrán recibir aquí granos del Djebel ni de Trípoli, únicos puntos que nos abastecen. La cebada, principal alimento de los R'dameses, hace ya mucho tiempo que se vende á 50 céntimos de peseta el *mgaça*, medida que equivale próximamente á 1 litro 65 centímetros. ¿Qué sucederá, pues, en estío? Los pobres empiezan ya á lamentarse de que no encuentran grano ni aún á este precio, y los comerciantes dicen que no tienen más existencias. Felizmente los Chambaas lo han traído de Uargla y del Mzab, en donde ha habido abundancia este año. Nosotros nos hemos procurado algunas cargas, y lo cedemos á precio reducido. Todo el día nuestra puerta está asediada, y nos hemos visto obligados á limitar las distribuciones cotidianas, á fin de poder ayudar más tiempo a los menesterosos. Si tuviésemos suficientes recursos haríamos mucho bien, pues todo nos permite creer que estos pobres musulmanes no serán ingratos. Gran número de ellos nos han manifestado ya su agradecimiento.

—Por vos nos ha venido la bendición, dicen. ¡Que Dios os llene de bienes á vos y á vuestra casa!

Un Saih á quien hemos recibido como huésped y de quien pensamos valernos para nuestro viaje á R'at, nos ha dicho:

—¿Por qué el otro día vendisteis con pérdida cebada á los pobres, en vez de venderla á los ricos con beneficio?

—Porque nuestro intento no es hacer negocio, sino consolar á los infelices.

—Obrais muy bien, y estas gentes, si tienen buen corazón, os amarán toda la vida.

—¡Oh! no obramos de este modo con el fin de ganarnos su afecto, sino por amor de Dios. Aun cuando supiésemos de antemano que no nos habian de dar otra recompensa que el odio y el insulto, no dejaríamos de hacerles bien.

—¿Temeis acaso que Dios os castigaria si no se lo hiciésteis?

—No; pero queremos con esto serle agradables, porque le amamos. Nosotros los cristianos no servimos á Dios por temor, sino por amor. Dínos, Saih: de dos hijos que obedecen á su padre, el uno porque le teme y el otro porque le ama, ¿cuál es el mejor?

—¡Morabitos! vosotros teneis razón, y vuestro camino es mejor que el nuestro.

Luego añadió:

—Hay también entre los Chambaas muchos pobres que con frecuencia no tienen granos, ni leche, ni dátiles: ¿les socorreréis asimismo?



—Sí, Saih, y de muy buena voluntad; mas para eso es preciso plantar nuestra tienda entre las vuestras, en vuestros campamentos; y los Chambaas no querrán tal vez tenernos á su lado.

—Los Chambaas, morabito, se regocijarán de ello como de una bendición. Los pobres vendrían á montar sus tiendas al rededor de la vuestra, os amarian como á sus padres, y la tribu entera os llevaria en palmas. Los Chambaas, morabito, tienen buen corazon, y nunca olvidan un beneficio. Y luego, cuando querais ir al país de los Tuaregs, al Tuat y hasta al Sudan, los Chambaas os acompañarán, y con ellos nada tendréis que temer. La puerta del Sahara la poseemos nosotros, morabito, y la llave está en nuestro poder.

Creemos, efectivamente, que los Chambaas estarian muy contentos de que nos estableciésemos entre ellos, á la manera de los nómadas; y toda vez que tienen pobres y enfermos pudiera hacerse mucho bien. Seria fácil tambien abrir escuelas. Respecto á conversiones, sin duda no hay que esperarlas en mucho tiempo. Sin embargo, me parece que es más fácil obtenerlas entre los nómadas que entre los habitantes de las ciudades ó en las tribus con residencia fija. Las mezquitas de las ciudades y los morabitos de los pueblos son, en efecto, los focos de pestilencia en donde el fanatismo se desarrolla y enardece, como en nuestras iglesias el fervor. El nómada vive fuera de estas influencias; ora bajo la bóveda del cielo, solo, allí donde quiere. Así se conserva más sencillez, de corazon más recto, menos exaltado, y de consiguiente está en mejor disposicion para conocer la verdad, al mismo tiempo que es más libre y fuerte para abrazarla. Opino que si alguna vez logra introducirse la fe en el Sahara, será por medio de los nómadas; y entre todos, los Chambaas parece son los únicos que hoy por hoy están dispuestos á recibirnos.

## CHINA.

*Carta del Ilmo. Agustín Chausse, coadjutor del Vicario apostólico de Canton, á los señores Presidentes de la Obra de la propagacion de la fe.*

Canton, 24 de Agosto de 1882.



o ignorais que el Ilmo. Guillemín, el verdadero fundador de la Mision del Kuang-tong, fatigado por sus prolongadas tareas apostólicas, debilitado por la edad y los achaques, se vió obligado algunos años há á buscar en el clima más suave de Europa una salud que languidecia bajo el sol de los trópicos. Deseando acudir en su alivio, la Santa Sede nombró un coadjutor al obispo de Cybistra, y así es como ha venido á visitarme la antigua palabra de los Libros santos: *Suscitat de pulvere egenum et de stercore elevat pauperem*.

¡Qué os diré yo para disculpar mi negligencia en daros noticias de una Mision que recibe de una Obra que vosotros dirigís con tanto celo é inteligencia, la fecundidad y la vida! En el mes de Julio de 1881, al encargarme de la administracion de esta provincia, abrigué ya el proyecto de dirigiros una memoria acerca el desarrollo de la Religion en esta parte del campo confiado á nuestros desvelos; pero habiendo sobrevenido importantísimos asuntos, tuve que aplazarlo para otra época. Hoy empiezo á advertir que, si quisiese aguardar una calma

perfecta para cumplir mis buenos deseos, tendria que relegar mi resolucion á las calendas griegas.

Me permitiréis, pues, que os transmita algunos detalles que la prensa ha dado al público, y que es preciso considere quien quiera ponerse al corriente de la influencia adquirida ó perdida.

En primer lugar, en Canton mismo se presenta el famoso motin del 15 de Setiembre de 1880, cuyo siniestro resplandor sembró por un momento el espanto en toda la colonia europea. Poco faltó para que en un día arruinase todos los establecimientos que la Mision habia fundado durante veinticinco años en esta capital, y despertó en la provincia entera un eco que resuena aún dolorosamente en medio de nuestras cristiandades.

Todo hacia creer que este motin, perpetrado en un puerto abierto, en el que todas las grandes potencias occidentales tienen representantes y considerables intereses, atraeria un castigo pronto y severo: la justicia lo exigia, y era debido para la seguridad de todos. Sin embargo, nada de esto tuvo lugar.

Las tropas del virey, despues de custodiar durante tres meses las propiedades de la Mision, se retiraron á su cuartel, y la tranquilidad pública pareció haber vuelto á su estado normal. Entre tanto los mandarines, habilísimos trapaceros, se esforzaron en embrollar este asunto con objeto de disminuir su importancia y atenuar la culpabilidad que les correspondia. Hubiera bastado en semejante ocasion una palabra enérgica, pero no fué pronunciada. Se prefirió adormecerse en vez de hacer un acto de virilidad, y así llegámos á principios del presente año sin haber obtenido reparacion alguna.

Por fin llegó á Canton un nuevo cónsul: el virey, viendo se le exigia terminantemente una solucion, se prestó con la mayor docilidad, como sucede siempre que comprende se le exige otra cosa que una excusa.

En pocos dias se estableció el acuerdo más perfecto entre los diversos delegados á quienes se encomendó este asunto, y en Febrero del presente año recibimos una indemnizacion para reparar las pérdidas materiales que habian sufrido los misioneros y los cristianos.

Hoy, pues, la terrible sacudida que experimentámos está poco menos que olvidada, y proseguimos nuestras obras y trabajos. Resuena nuevamente el martillo en torno de nuestras construcciones: la iglesia de Canton adelanta constantemente, pero con suma lentitud, por no permitirnos mayor rapidez el estado de los fondos. Hace veinte años que se viene trabajando en ella, y se necesitan todavia más de 100,000 pesetas para terminarla. Hay que colocar vidrios en los ventanales y en el interior una ornamentacion cualquiera. Ahora estoy ensayando cómo sustraer al viento y á la lluvia las aberturas superiores de la grande nave: es un expediente provisional que espero podrá resistir á los espantosos tifones de estas comarcas. Cuando se tenga dinero trataremos de hacer algo mejor: por ahora nuestra mira constante es la economía y la rapidez, á fin de ponerla en estado de servir para nuestras imponentes ceremonias católicas.

¿Cuándo llegará este dia deseado? En vano escudriño el porvenir; me es imposible precisarlo. Nuestras cargas se aumentan con nuestras obras, y nuestros recursos disminuyen en vez de aumentar.

Ultimamente se leyó en las *Misiones católicas* el con-



movedor relato del arresto del P. Brugnon y el incendio de su capilla: tengo el consuelo de anunciaros que el buen Padre está restablecido de sus heridas, que son menos graves de lo que hubiera podido suponerse. Los mandarines han sido esta vez enérgicos, de mala gana, es cierto, pero en fin no estamos obligados á sondear sus intenciones: han detenido á algunos culpables y los han encarcelado: se ha satisfecho una indemnización al misionero y á los cristianos, y á la hora presente la capilla está casi reconstruida. ¡Gracias sean dadas á Dios por 'ello! Aquí debo manifestar mi gratitud á nuestro cónsul, el Sr. Bellaguet, cuyo celo está sobre todo elogio. Desde su llegada hemos podido apaciguar muchas turbulencias sobrevenidas en muchos distritos despues del motin de 1880.

Sin él aguardaría aún el P. Brugnon, lejos de su distrito, una solución que tal vez no llegaría nunca, mientras que ahora se encuentra ya restablecido, alegre y satisfecho de haber sufrido por la fe.

Es de creer que sus terribles vecinos no le buscarán más querellas. Los chinos repugnan los palos y mucho más el desembolsar dinero sin beneficio. Este remedio cura no pocas llagas cuando es empleado con arte, y los mandarines son hábiles prácticos en la materia. Se debe en parte á semejante costumbre el que este viejo y carcomido Imperio se sostenga á través de la más formidables revoluciones. Este remedio, en efecto, infunde á los indígenas el amor de la paz y el horror á las cosas malas, dos condiciones esenciales para una buena constitución.

Lo que va á leerse no es para probar esta tesis, pero tampoco la desautoriza. Nadie ha olvidado la violenta persecución del Lui-Tsiu en 1868: fueron destruidas todas las capillas de este distrito é incendiadas la mayoría de las casas de nuestros cristianos: nunca se ha obtenido reparación alguna, y así es que los paganos no cesan de atormentarnos, y parece miran á los cristianos como gentes dignas todo lo más de ser ahorcadas. Véase lo que me escribe desde aquella península el P. Chagot con fecha 10 de Agosto último:

«Os dirijo las presentes líneas con el corazón traspasado de dolor. La más bella, numerosa y fuerte de mis cristiandades, la del pueblo de la Esperanza, situada en medio del Lui-Tsiu, acaba de ser ensangrentada y destruida por el furor de los paganos. ¡Cuán lejos estaba de temer esta desventura cuando despues de la fiesta de Pentecostes partí de aquel punto lleno de esperanza en su porvenir!

«El pueblo de la Esperanza está sentado en una vasta llanura cubierta de altas hierbas. En el centro los campos de arroz rompen la monotonía de esa naturaleza primitiva: al lado de los arrozales se levantan las viviendas de cara hácia Levante. A extramuros, por la parte del Oeste, hay un gran camino, por el que transitan numerosos vehículos arreados por bueyes, que van á cargar las altas hierbas y madera para lumbre de la comarca.

«Para las necesidades del cultivo, los cristianos establecidos allí desde algunos años solamente, habían abierto otro camino que cruza los campos de Norte á Sud y termina en el pueblo por un rodeo. Este camino les pertenece, y generalmente nadie se atreve á servirse de él,

á menos de intenciones poco benévolas respecto de los cristianos, que nunca dejan entonces de protestar á causa del deterioro que producen los vehículos excesivamente cargados. Pues bien, el 20 de la 4.<sup>a</sup> luna, en un tiempo muy lluvioso, cuatro vehículos del pueblo de Lui-Ko atravesaron este camino, como para burlarse de los cristianos. Las ruedas, hundiéndose hasta el eje, rehusaban su servicio, perjudicándose no poco los arrozales de uno y otro lado. Los cristianos hicieron á los conductores algunas observaciones, exhortándoles á que siguiesen otra vez el camino común, más cómodo y menos oneroso para ellos.

«Estos consejos fueron mal recibidos; pues habiendo encontrado á cinco minutos de allí á un cristiano que labraba tranquilamente su campo y que ignoraba todo lo sucedido, desahogaron en él su cólera dándole fuertes palos. El infeliz prorumpió en grandes gritos; fué oído desde el pueblo y acudió en su socorro, encontrándosele en triste estado. Llamóse al alcalde del lugar, quien condenó á los carreteros á entregar dos mil sapecas al campesino que recibió sin culpa su apaleamiento. Esta decisión, de uso frecuente en la China para pagar los gastos del farmacéutico, no fué del gusto de aquellos malvados, y rehusaron someterse á ella, promoviéndose con tal motivo serias disputas.

«El día siguiente, so pretexto de arreglar este debate, cuatro hombres, que parecían animados de intenciones pacíficas, vinieron del pueblo de Lui-Ko, situado tres leguas más al Norte. Esto era una estratagemas: mientras que entretenían á los cristianos con buenas palabras, acudió una chusma de más de cien personas armadas con sables, picas y cuchillos. Estos bandidos caen como un huracán sobre los cristianos, quienes, cogidos de improviso, no pueden defenderse. En un instante caen mortalmente heridos un maestro de escuela y un sujeto de treinta y cinco años; son heridos de gravedad otros diez y seis, y los restantes emprenden la fuga por temor de sufrir la misma suerte. Entonces la horda salvaje se precipita en las casas, destroza, saquea, y sin piedad hiere horriblemente á las mujeres que se atreven á oponerse á su bandolerismo: á una mujer le cortan la mejilla; otra recibe una herida en la cabeza; seis mujeres quedan cosidas á puñaladas; la sangre corre por todas partes...

«No le cabe mejor suerte á la capilla: puertas y muebles quedan hechos trizas; destruidos en parte los muros y derribado el techo, no siendo todo en breve sino un montón de ruinas.

«Cuando hubieron satisfecho sus instintos de destrucción se apoderaron de los bueyes del pueblo, dejando á los cristianos en desolación completa; y, cosa aún más horrible, sin respeto alguno á los cadáveres tendidos en el suelo, les ataron manos y piés y se los llevaron como viles animales.

«Advertido de esta salvaje agresión el mandarin de Hoi-honh, trasladóse el 23 al pueblo de la Esperanza, á fin de cerciorarse del estado de los heridos y de los destrozos de las casas.

«Despues de haber tomado minuciosos informes se dirigió el 24 á Lui-Ko, para prender á los autores del atentado, mas todo el mundo había emprendido la fuga. En su virtud instalóse en el mercado vecino y citó ante sí



al alcalde del lugar, quien confesó sin dificultad el robo de ocho bueyes, el mejor de los cuales estaba ya vendido. Preguntado acerca los dos cadáveres, negó al principio y se mostró muy tenaz, hasta que el mandarin, para hacerle confesar la verdad, se vió obligado á aplicarle el tormento. La primera vez recibió 300 golpes de rota sin confesar nada. Irritado el mandarin, mandó le diesen 800 palos más. Entonces procuró ponerse al abrigo de un nuevo apaleamiento por una deposición completa, y designó el sitio en que habían sido ocultados los dos cadáveres: era un campo de patatas dulces, cerca del pueblo de los culpables.

«El mandarin me hizo prevenir en el acto de este descubrimiento importante, y á fin de atestiguar la identidad le envié trece cristianos, entre los cuales se encontraban las dos viudas y la madre del jóven.

«El mandarin se mostró generoso: mandó comprar ataúdes é hizo una limosna á cada una de las tres mujeres. Los satélites requisaron un carro, en el que fueron colocados los cadáveres, y al que los cristianos uncieron dos de los siete bueyes que se les devolvieron. Así es como los dos muertos fueron conducidos tristemente al pueblo de la Esperanza, acompañados por una escolta que dió el mandarin.

«Debemos la mayor gratitud á este magistrado: hasta el presente ha obrado con recomendable prontitud, preservándonos de una gran persecucion que amenazaba estallar en todos los puntos del distrito. Ha viajado á sus expensas, y se ha mostrado bueno y afable, llegando hasta á dar remedios á los heridos. No creo, sin embargo, que pueda hacernos justicia, pues los paganos no quieren, y eso de un modo absoluto, que haya igualdad entre ellos y los cristianos. Por todas partes oigo decir que se forma una liga de letrados y de hombres del pueblo para impedir que el mandarin castigue á los principales culpables. Ya comprendéis ahora el estado del distrito del Lui-Tsiu: andamos y vivimos sobre un volcán, cuya erupción amenaza á cada momento. Es necesario de todo punto que obtengamos justicia, para que los paganos sepan por fin que la vida de un cristiano vale tanto como la de uno de los suyos.

«Hasta el presente el mandarin ha arrestado á cinco culpables: cita á un gran número, pero los prenderá difícilmente, pues todos los vecinos del pueblo de Lui-Ko, así hombres como mujeres, han emprendido la fuga.

«Os suplico, pues, con la más viva instancia obreis de modo que se nos haga justicia.

«Para un anciano misionero que se aproxima al sepulcro, ¡cuán doloroso le es ver todos sus trabajos y todas sus esperanzas destruidas en un solo día!»

No há mucho se han recibido sobre este incidente las noticias que van á leerse:

Durante algunas semanas pareció que el mandarin quería hacernos justicia, y los satélites iban continuamente en busca de los culpables. Todos los habitantes del pueblo de Lui-Ko habían abandonado sus moradas y no se atrevían á volver á ellas. Finalmente, fatigados de esas persecuciones, dos notables del lugar y un letrado han entrado en conferencias con el mandarin, con objeto de detener el curso del proceso ó por lo menos atenuar sus efectos. Cuéntase que el mandarin ha dicho que no podía dispensarse de hacer ejecutar á dos ó tres

de los principales culpables; pero consiente en no conceder indemnización á los cristianos, veinte y dos de los cuales, hombres ó mujeres, fueron heridos, y cuyas casas fueron saqueadas, ni al misionero que ha quedado sin capilla por haberla destruido los malvados. Los vecinos de aquel pueblo se prestan gustosos á la ejecución de dos ó tres culpables, que les libraría de otros tantos pícaros, y así se ha establecido el acuerdo entre el magistrado y nuestros adversarios. Los que debían ser castigados severamente como autores ó cómplices, por medio de dinero han ganado el favor del mandarin que debía juzgarles. Aceptado este convenio, han vuelto en seguida á sus casas, y no son inquietados poco ni mucho.

Segun los informes que me he procurado, parece cierto que el magistrado ha recibido mil piastras para él y sus empleados: sus gastos de viaje han sido pagados con exceso. Así habiendo los cristianos de la Esperanza presentado una instancia acompañada del catálogo de sus pérdidas, el mandarin al cabo de cuatro días les contestó muy severamente, acusándoles de ser los autores de los acontecimientos de que se lamentaban, pretendiendo que era falso que reclamasen objetos robados en sus casas, y amenazándoles con hacerles arrestar como calumniadores si insistían. Esta respuesta escrita fué fijada en el mandarinato, sin duda para manifestar su agradecimiento y tranquilizar á nuestros enemigos.

Disgustado de esto, hice presentar en mi nombre una petición que justificaba la de los cristianos, é insistía particularmente en la ruina de la capilla, de la que fui testimonio ocular. En la tarde del mismo día me hizo contestar por un enviado que tendría en cuenta mis reclamaciones. Sin embargo, nada ha cambiado en su conducta, cuyo objeto parece se reduce á sepultar este proceso en el olvido.

El que aún no haya visto la justicia china en acción, aquí tiene un modelo del género. Es la historia de todos los días. Aquí las piastras hacen la justicia. Pueden cometerse impunemente los mayores crímenes, pues se encuentra gracia ante los mandarines si se tiene cuidado de hacer relucir á sus ojos una bolsa bien repleta.

Tales son también las luchas incesantes que engendra el odio al nombre cristiano. El misionero se promete una cosecha abundante, y á lo mejor se desencadena la tempestad y son arrastrados por el devastador torrente los frutos que esperaba recoger.

Con todo, no deja de obrarse el bien en medio de tales combates y angustias. En una próxima carta espero daros á conocer los felices resultados que han obtenido los misioneros desde la fundación de esta prefectura apostólica, una de las más florecientes de la China.

*Carta del Ilmo. Lyons, vicario apostólico del Kuy-tcheu, al Rdo. Imbert, párroco de Faucon.*



UANDO recibí vuestra carta me encontraba en Mo-iu-se, en medio de mi pastoral visita al Sudoeste de la provincia: allí tuve el gusto de ver á los pocos sobrevivientes de mis primeros neófitos. La mayor parte han sido arrebatados por la revolución, que en veinte años ha desolado la fértil y populosa China, sin que le haya sido dable conseguir su objeto, el destronamiento de la dinastía reinante. Me pa-



rece, sin embargo, que el momento fué bien escogido, pues desde hace treinta años sólo ha habido emperadores niños y en tutela; mas quizá esto precisamente es lo que ha hecho abortar esta revolucion devastadora, apagada por el pronto, no enteramente extinguida. Los francmasones de acá se conciertan en la sombra; no faltan aquí tampoco turbas de intransigentes que sólo sueñan en el pillaje y aún en el asesinato. Como comprenderéis, tales gentes no son amigas nuestras; y si bien el temor á los mandarines les contiene, impiden por bajo mano las conversiones. Por lo demás, á los ojos de los paganos pasamos como miembros de una sociedad casi secreta, señalada al odio de la nacion, pues el grande enemigo es aquí siempre el extranjero, y no se les alcanza que un extranjero pueda dejar de tener designios ocultos y siniestros.

Únicamente los cristianos aplauden el objeto de nuestras Misiones. Respecto á los paganos, así pueblo como mandarines, aunque nos pagan á veces con buenas palabras y aún nos colman de alabanzas, tienen el corazon lleno de desconfianza y aún de odio para nosotros.

El siguiente rasgo prueba con la mayor evidencia las prevenciones de los chinos. Acompañado del misionero del lugar, entré cierto día en una posada: era en invierno y hacia un frio rigurosísimo. Mientras nos calentábamos al hogar entró un huérfano de unos doce años, y se acercó también á la lumbre. Hicimosle preguntas acerca su edad, su patria, familia, etc., y viendo que era muy pobre y huérfano, le propuse que viniese con nosotros á la capital, á fin de estudiar la religion cristiana. Entonces con tono serio me contestó vivamente:

—¡Yo, yo hacerme cristiano! ¿creeis por ventura que tengo mis ojos en tan poca estima?

Esto demuestra cuán extendida y arraigada está la odiosa calumnia de que arrancamos los ojos á los niños para confeccionar medicamentos, que luego se envían á Europa.

El presente año no he encontrado nieve en mi última excursion, pues partí en Agosto; pero en cambio me ha sorprendido la estacion de las lluvias, y por consiguiente de los caminos abominables, que repetidas veces me han impedido visitar algunas partes de ciertos distritos, por no ser posible ir en silla ó á caballo. En cuanto á ir á pié, me sería muy difícil á causa de mi edad y del estado de mis piernas. Si fuese párroco en mi país, tendrían que venir á buscarme con un mulo para que pudiese visitar á los enfermos en las montañas. Bajo este respecto confieso que los neófitos de esta lejana Mision guardan toda clase de consideraciones con los misioneros, pues con todo y ser pobres nos reciben de una manera conveniente. La mayor parte de los sacerdotes del campo tienen un jumento ó un caballo, lo que cuesta menos que un palanquin y es más cómodo en los senderos de las montañas. A más es preciso traer consigo tres ó por lo menos dos cargas de objetos: la capilla, el lecho, los vestidos y otras cosas necesarias. La mayor parte del tiempo me hospedo en casa de los cristianos ó de los misioneros. Mi equipaje no es numeroso: se reduce á tres bagajeros, cuatro palanquineros, y un doméstico que de vez en cuando me acompaña y dirige mi cabalgadura. Conozco ya el país y también á muchos cristianos.

Durante cuatro dias y medio he seguido el camino

imperial; en cada ciudad del trayecto la Mision posee una residencia y un oratorio, de suerte que el viaje es cómodo; pero á la otra parte de Pe-chui-ho, donde he tomado el camino departamental de Hin-y-fu, la cosa cambia de aspecto: hay cuestas y pendientes extraordinarias, y durante seis dias no se encuentra sino una residencia. Para colmo de desdicha, mientras me ocupaba en la visita de los cristianos de Mo-iu-se sobrevinieron lluvias casi torrenciales y se engrosó el rio considerablemente; así es que necesitamos quince hombres para maniobrar una barca que sólo exige dos en tiempo normal. Desde su origen, hacia Ui-min-tcheu y el Yun-nan hasta el Kuang-si, el rio corre continuamente encajonado entre altos montes cortados á pico, y sólo es navegable cerca el Kuang-si. Como la mayor parte de los rios de la China, no tiene nombre, y toma el del lugar por donde pasa. A algunas jornadas más arriba, entre Yiun-nin y Ngan-nom, se le cruza por un puente de cadenas de hierro. No hay cultivo en sus orillas, excepto en Mao-Keu, junto al camino imperial: allí hemos tenido cristianos, y aún cuenta tres mártires, en cuya beatificacion se trabaja actualmente.

Después de haber pasado el Hoa-Kiang (es el nombre que lleva el rio en el lugar donde lo atravesamos), tomamos un camino á la izquierda, hacia lo alto de la montaña, para dirigirnos á Tcheng-fung-tcheu, donde poseemos una farmacia y un oratorio. La lluvia vino de nuevo á poner los caminos intransitables, razon por la que estuvimos tres dias para andar doce leguas y llegar al punto indicado.

Allí tenemos pocos cristianos en la ciudad, pero hay unos doscientos en los alrededores, que son casi todos Miao-tse negros (himiao), y á quienes no he podido visitar á causa de las lluvias y la dificultad de los caminos. Tchen-fung-tcheu es una de las pocas ciudades que no fueron entregadas al incendio. Fué ocupada mucho tiempo por los mahometanos rebeldes, que la conservaron casi intacta. Las llanuras de las cercanías, bastante considerables, son fértiles en arroz. Cuando pasé era el tiempo de la cosecha (Setiembre); pero con las continuas lluvias el arroz estaba generalmente metido en el agua.

El país es muy pintoresco y tiene elevados picos, y sobre todo me llamó la atencion un peñasco puntiagudo como un alfiler, situado cerca del camino: pudiera hacerse de él un obelisco.

Tras otros tres dias de marcha llegué á Hin-y-fu, mi primera parroquia: *quantum mutatus ab illo!* Absolutamente no reconocí la comarca: sólo las montañas no habian cambiado. Tenemos allí un buen establecimiento, un huerfanato que va en aumento todos los años. Esta ciudad contaba en otro tiempo 200 cristianos; pero unos murieron ya, otros fueron asesinados ó andan dispersos, y apenas quedan ahora unos veinte.

El país es una llanura salpicada de peñas, en la que las grandes lluvias forman lagos más ó menos considerables, rios y riachuelos que no tienen más salida que las montañas ó por debajo de éstas. Siendo harto estrecho el lecho de tales corrientes de agua, los terrenos y arrozales vecinos quedan inundados durante meses enteros, echándose á perder las cosechas...

Al dirigirse á Hoang-tsao-pa pasé en barca uno de esos riachuelos cuyas aguas han invadido todos los terrenos



bajos y los valles en muchas leguas al rededor. Corre cerca Ma-pien-tien, á una jornada al Este de Hin-y-fu. El mapa chino no es exacto acerca este punto. Antes de llegar á Hoang-tsao-pa se cruza otro rio más considerable y muy encajonado. Poco despues de mi entrada en la China un ingeniero indígena echó un puente de un solo arco que media más de 100 piés de largo y 200 de alto, y me pareció maravilloso. Más tarde lo destruyeron para impedir el paso de los rebeldes, siendo ahora preciso hacer un rodeo de no pocas leguas.

Hoang-tsao-pa es uno de los más hermosos sitios del Kuy-tcheu: vasta planicie algo en declive, espléndidos arrozales, cañas de azúcar, naranjo, clima sano y agradable... De algunos años á esta parte tenemos allí una residencia, aunque desgraciadamente pocos cristianos por ahora. Es una provincia comercial, y la subprefectura no está lejos de las fronteras del Yun-nan y del Kuang-si.

Al cabo de algunos dias de descanso me dirigí hácia el Mediodía, por la parte del Kuang-si, en donde hay las más considerables estaciones de neófitos.

Despues de quince dias pasados con esos queridos cristianos, volví sobre mis pasos, y he celebrado la fiesta de Todos los Santos, aniversario de mi bautismo, en Hoang-tsao-pa.

Aunque viejo ya, estoy vigoroso, y en la última fiesta de san Juan, el nuevo vicario apostólico del Yun-nan, Ilmo. Fenouil, vino á hacerse consagrar en nuestra cate-  
tral, y me repitió: *Ad multos annos!*

## INDOSTAN.

*Carta del P. Mullender, de la Compañía de Jesús, misionero en el Bengala occidental.*

Sarwada, 21 de Noviembre de 1881.

**D**ESPUES de muchas vicisitudes, en Octubre último tomé una resolucion definitiva, y me decidí á partir de Buruma sin más dilaciones. «A toda costa, dije, quiero ir á Sarwada, y esto lo más pronto posible.» Envió á mi catequista en todas direcciones, con objeto de exhortar á algunas familias cristianas á que me siguiesen y me ayudasen á edificar una escuela y una capilla provisional en esta localidad, admirablemente situada para llegar á ser un importante centro de Mision.

Muchos prometieron; pero del prometer al cumplir hay gran trecho. Los Kolas acababan de recoger abundante cosecha, y como hombres que no se preocupan poco ni mucho del porvenir, no se cuidaban sino de comer, beber, bailar y dormir. Aguardé aún ocho dias, pero en vano; nadie se presentó, aunque se ofreció trabajo remunerador á todos indistintamente, así paganos como cristianos.

El 20 de Octubre, dia de la «fiesta de los bueyes,» fui á visitar unos doce pueblos de los alrededores, en los que compré algunos árboles para mis futuras construcciones, concertando á algunos hombres para que viniesen á trabajar conmigo.

Bueno es que os diga de paso en qué consiste la fiesta de los bueyes. Puedo caracterizarla en breves palabras definiéndola: el dia del año en que los bueyes son más razonables que los hombres. Vais á saber su origen. Los

bueyes, se dijeron los Kolas, han trabajado mucho con nosotros por espacio de cuatro meses, y es de consiguiente muy justo que tomen parte en nuestros regocijos. El primer dia despues de recogida la cosecha lo dedican á festejar á los bueyes que labraron los campos. Por la mañana les untan los cuernos con aceite lustroso, y luego los niños los conducen á los mejores pastos. Durante el dia los Kolas se entregan á copiosas libaciones de *illi*, bebida que embriaga, compuesta con arroz fermentado. Cuando á las cuatro de la tarde los rebaños se disponen á volver al pueblo, los campesinos, sobreexcitados en extremo y cada cual provisto de un *dbol*, especie de tambor, van delante de los bueyes, y luego se mezclan con ellos, moviendo un ruido infernal. Las pobres bestias, que nada comprenden de este barullo, huyen en todas direcciones; empero sus guardianes les rodean y dan de palos para obligarles á entrar en la poblacion. Entonces toma creces el tumulto. Los Kolas empiezan á cantar y saltar, y con sus gritos y gestos incitan á los bueyes á tomar parte en la danza. En breve hombres y bestias se entregan á un movimiento infernal del que es imposible formarse idea. Yo volvia precisamente de mi visita á los alrededores cuando el rebaño se precipitó en el pueblo. Un Kola ebrio se me acerca y quiere hacerme descender del caballo, á fin de que éste pueda tomar parte en la fiesta. Entonces levanto el látigo y le digo:

—Suelta, ó te castigo.

Al momento soltó la brida de mi cabalgadura. En honor de nuestros cristianos debo hacer constar que llegué de improviso en el pueblo, y pude convencerme por mí mismo de que ni uno solo de ellos ha tomado parte en esta fiesta pagana.

Entré en Buruma, persuadido de que al dia siguiente se presentarían muchos para trabajar en Sarwada; pero nadie vino: aguardé ocho dias más, y á fines de Octubre llamé al catequista, y le dije:

—Mañana voy á instalarme en Sarwada, y nuestros cristianos vendrán cuando vean que mi resolucion es inquebrantable.

Al dia siguiente me dirigí á dicho punto y fui á sentarme, á guisa de toma de posesion, en un extremo del vasto terreno que compré pocas semanas antes. Allí vinieron á encontrarme algunos cristianos.

—Mas ¿en dónde podréis vivir aquí? me dijeron.

—En mi propia tienda, les respondí; id á buscarla en Baruma.

Estas buenas gentes no se lo hicieron decir dos veces. A las tres de la tarde mi tienda, conteniendo un lecho, una mesa y una silla, estaba montada en el cercado, en una altura que domina todo el pueblo de Sarwada. El catequista, que es al mismo tiempo mi cocinero, vino á invitarme á que volviese con él á Baruma para comer.

—No vuelvo ya á Baruma, le digo, prefiero quedarme sin comer.

Al oir esto, los indígenas cavan un hoyo bajo un árbol, que será provisionalmente mi cocina, y una cristiana de Sarwada me trae arroz, sin querer admitir su importe; un niño me ofrece un puñado de maíz y otro me da un grueso pepino diciéndome:

—Padre, cuando teneis pan nos dais de él; por esto os traigo ahora esta fruta.



Como veis, los Kolas tienen buen corazón: el resto de mi relato os lo probará todavía más.

A fin de tener un poco de sombra hice montar la tienda cerca de un *sarna*, bosquecillo sagrado donde los paganos del pueblo ofrecían sacrificios á sus ídolos y que ahora forma parte de nuestra propiedad. Al anochecer vienen á preguntarme si pienso pasar la noche en mi tienda, y para disuadirme de ello empiezan á referirme multitud de apariciones de diablos y de espíritus.

—El *bonga* (el espíritu maligno) os hará sufrir malos tratamientos y se encarnizará con vos.

—Bien, contesto, volved mañana á verlo.

En efecto, muy de mañana muchos estaban allí, y parecían asombrados viéndome salir de la tienda sano y sin el menor rasguño. Burléme de sus supersticiosos temores, y procuré hacerles comprender que el demonio no tiene poder alguno sobre los que confían en Jesucristo.

Por el momento nuestra catedral será este mismo *Sarna* ó bosquecillo sagrado, hasta hace poco tiempo dedicado al demonio. Es un magnífico edificio y de estilo enteramente primitivo. Constituye su bóveda el firmamento; los árboles hacen las veces de columnas; sus ramas sirven de arcos; el césped tiene el lugar de losas de mármol, y el altar mayor es mi mesita, establecida al pié de una cruz de quince piés de altura.

El 1.º de Noviembre, fiesta de Todos los Santos, unas sesenta personas asistieron al santo Sacrificio. Los cristianos estaban arrodillados en esteras que hice extender ante el altar. Los Kolas luteranos y paganos permanecieron respetuosamente sentados en los peñascos de los alrededores. Semejante escena me conmovió profundamente. Los buenos cristianos orando con fervor al pié de esa rústica cruz; los paganos sentados en semicírculo en torno de una reducida grey de fieles; el santo Sacrificio celebrado al aire libre en este bosque sagrado donde hasta ahora el demonio había reinado como dueño, todo eso me recordaba los primeros siglos de la Iglesia y nuestras primeras Misiones de Asia y América.

Ahora os diré algo de mis operarios: se han reunido en número bastante regular, pues hemos empezado todos los trabajos de la nueva Mision. Desde luego he hecho construir un buen camino de treinta piés de ancho que da la vuelta al recinto cercado. Es un excelente medio para aislar nuestro terreno, y constituye además un magnífico paseo, que los ancianos del pueblo recorren con placer.

Estamos en muy buenas relaciones con las gentes del país. Pocos días há envié recado á algunos Mundas ó jefes de pueblo para que viniesen á verme, y les dí á entender que iba á construir una escuela, pero que no tenía los medios indispensables.

—Padre, me dijo entonces el Munda de Chindagutu, que es pagano; cuando estamos enfermos vos nos visitais; cuando carecemos de lo necesario nos asistís, y nadie se atreve á cometer contra nosotros injusticia alguna desde que estais aquí; ¿cómo, pues, podríamos abandonaros ahora que sois pobre? Desde luego os pertenece el mejor árbol de mi *Sarna*, y tengo verdadero gusto en regalárosló.

—El más hermoso árbol de Simbua es vuestro, añade el Munda pagano de Simbua; no teneis más que hacer sino derribarlo.

—Por mi parte, dice el Munda de Sawada, os doy mis tres árboles más buenos... ¡Que todos los Mundas del distrito hagan lo mismo, y la escuela es cosa hecha!

Hé aquí unos nobles corazones, que nos permiten alimentar consoladoras esperanzas. Actualmente los operarios se ocupan en derribar todos aquellos venerables gigantes del bosque.

Para juntar las piedras del edificio no quería emplear sólo el lodo, como se acostumbra aquí generalmente, y deseaba un buen cemento bien sólido, compuesto de arena y cal. La primera encontréla muy cerca en el cauce de un torrente, mas la segunda era preciso ir á buscarla á más de 14 millas. Pregunté si había cantera ó depósito de greda en las cercanías: los más sabios me respondieron que lo había á algunas millas al Este, y resolví hacer por mi mismo la exploracion. Partí un día muy de mañana con seis hombres; nos dirigimos en la indicada direccion, y á la distancia de tres millas entrámos en un inmenso bosque. En seguida tuvimos que pasar dos montañas de 2,500 piés de elevacion. Es este un país admirablemente pintoresco, y me propongo volver á él con frecuencia. Al pié de la segunda montaña corre un abundante río en un lecho de rocas; lo cruzamos, y apenas hemos andado cien pasos vemos una magnífica capa de greda. Llenamos doce cestos, y antes de emprender el regreso distribuyo una grande hoja de tabaco entre los seis expedicionarios, lo que les pone de muy buen humor, pues es de saber que los Kolas toman el tabaco como nosotros el chocolate. Su modo de preparar este alimento consiste en poner una hojita de tabaco seco en la mano izquierda, y aplastándola con el pulgar la reducen á polvo. Como este polvo no es aún bastante fuerte para su gáznate, le añaden cal viva, lo mezclan bien todo, y lo tragan por pellizcos, saludando cada vez al donante. Cierta día que dije á los indígenas que en Europa se introducen el tabaco en polvo en las fosas nasales, manifestaron que los europeos hacen mal y que no saben lo que es bueno. Los Kolas son tambien muy fumadores. Cogen un poco de tabaco, lo rollan en una hoja seca de *sal-tree*, aspiran algunas veces, y pasan la hoja así rollada á sus compañeros. Lllaman á esto un *tchungi* ó *calumet* de paz; presentarlo á la persona que se encuentra es hacerle mucho honor. Yo lo ofrezco á todos los que me vienen á ver á la entrada de mi tienda. Así apenas hay vecino que llegue á Sarwada sin conversar algunos instantes conmigo. Esta esplendidez me cuesta por otra parte muy poca cosa, todo lo más dos *annas* ó 30 céntimos por semana. Tales regalitos me ganan la amistad de todos; y he allanado ya gran número de dificultades, apaciguado rencillas y compuesto amigablemente muchos negocios mientras que el *tchungi* pasaba de boca en boca. Esforzándome por aumentar el número de mis amigos, espero acrecentar el de los amigos de Dios. Empero cerremos el paréntesis, y volvamos á mi excursion y á mi escuela.

Después de descansar breves minutos á orillas del río fumando el *tchungi*, mi gente cargó en sus hombros los pesados cestos de cal y proseguimos la marcha en direccion de Sarwada, á donde llegámos antes del medio día. Tras una hora de descanso los indígenas volvieron al bosque, y por la noche trajeron de nuevo doce cestos muy llenos de cal. Como estos viajes eran no poco can-



sados, no me atreví á pedirles que los repitiesen el día siguiente. Viendo mi vacilacion se ofrecieron voluntariamente, diciendo:

—Padre, volveremos mañana á buscar cal; lo hacemos gustosos.

La distancia exacta es de seis millas inglesas, ó sea dos leguas largas... ida y vuelta dos veces en un día es andar veinticuatro millas ú ocho leguas á través de malos caminos con una pesada carga: pues bien, para semejante jornada de trabajo, esos hombres quedaron satisfechos recibiendo... 6 pices, esto es 10 céntimos. Ya veis que aquí no es cara la mano de obra. Estos pobres indígenas son poco exigentes: se contentan con un puñado de arroz y algunas piezas de ropa.

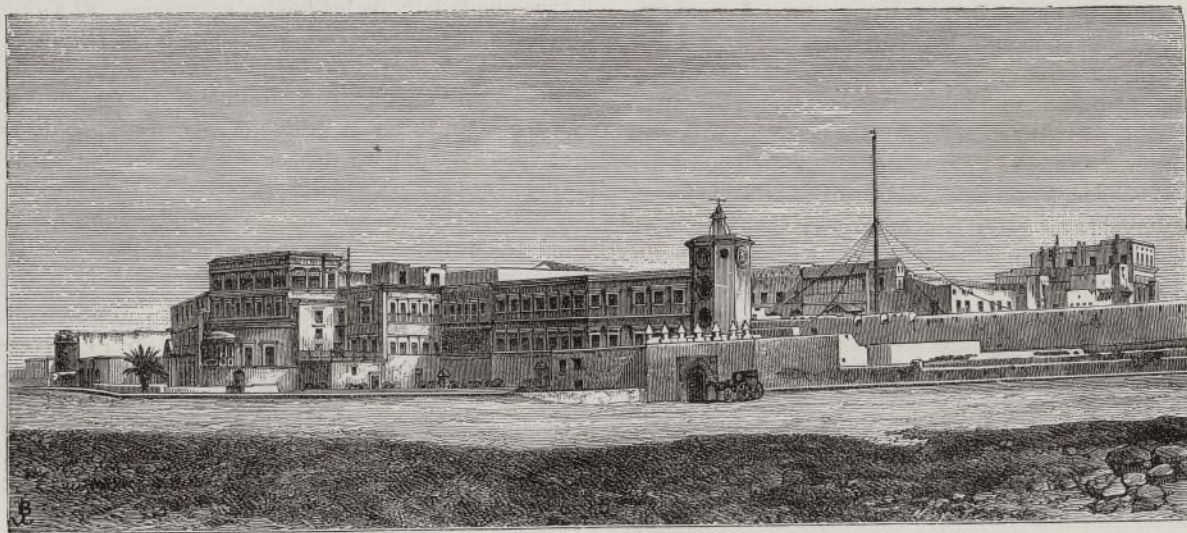
Así mi escuela adelanta con rapidez, aunque no tanto como deseo: será uno de los más bellos edificios de Sarwada, lo que no es mucho decir, y tendrá 30 piés de largo por 15 de ancho. El Ilmo. Goethals me ha enviado un hermoso tabernáculo de madera que adornará el altar mayor y hará muy buen efecto en la escuela, convertida

en capilla los días solemnes. Mas ¡ay! no tengo aún incensario, ni candeleros, ni ramilletes de flores, y mi tienda no contiene sino lo absolutamente preciso para celebrar la santa Misa.

## CRÓNICA.

**Inglaterra.**— La consagracion del Ilmo. Juan Virtue, primer obispo de Portsmouth, tuvo lugar el 25 de Julio en la procatedral de Kensington, siendo prelado consagrante Su Eminencia el cardenal Manning, arzobispo de Westminster. Terminada la ceremonia el nuevo Obispo recibió á una diputacion del clero de Portsmouth, que le ofreció un báculo pastoral y un anillo magnífico.

A petición del P. Cassidy, jesuita, rector del célebre colegio de Beaumont, el Ilmo. Virtue consintió en permanecer algunos días en este establecimiento, donde se le hizo una recepcion solemne el 30 de Julio. Su Ilustrísima cantó



TÚNEZ.—Vista exterior del Bardo. (Pág. 454).

la misa pontifical en la fiesta de san Ignacio, y el día siguiente presidió la distribucion de premios.

—Anúnciase la partida del P. Berry, jesuita inglés, para la isla de Madagascar. Este Religioso, astrónomo distinguido, debe instalarse en un punto de la costa llamado la Bahía del Meurtrier, para observar el 6 de Diciembre próximo el paso de Venus por el sol.

**Holanda.**— Llegan buenas noticias de Holanda. Este reducido reino cuenta 4.000.000 de habitantes, de los cuales 2.500.000 son protestantes y 1.500.000 católicos. La reaccion religiosa y el movimiento hácia el Catolicismo son muy visibles. Los predicantes protestantes más ardientes son los que se encargan de edificarnos acerca este punto.

«Mientras que nosotros disputamos acerca de la Biblia sobre la vida cristiana nacional ó cristiana reformada, exclamaba recientemente el pastor Glipsen, de Amsterdam, los católicos multiplican sus iglesias y casas piadosas: su perseverancia y desarrollo prueban que la Iglesia de Pedro es la verdadera Iglesia, y en esta prueba los católicos poseen una mina de oro y un apoyo moral de sumo valor y de la mayor fuerza.»

«De un siglo acá, escribe el principal órgano protestante de Amsterdam, nada hemos edificado, ni siquiera una ca-

pillita, á pesar del aumento de poblacion. ¿Qué han hecho los católicos? Despojados de todas sus iglesias, han construido y poseen hoy día diez y nueve, sin contar las iglesias nuevas en construccion y las antiguas que levantan de sus ruinas. Si en Amsterdam las campanas llamasen á los creyentes á la oracion, se oirian las de los católicos dominar en mucho á las nuestras: sus voces de bronce nos harian amargos reproches.»

**Tierra-Santa.**— Una estadística tomada de buenas fuentes fija en 6,400 el número de peregrinos que se han reunido este año en Jerusalem durante las fiestas de Pascua en esta forma:

2,200 rusos.

2,100 griegos cismáticos de las islas y de la Turquía y de Europa.

300 griegos árabes cismáticos.

700 católicos árabes de todo rito.

900 armenios cismáticos.

200 europeos, católicos y protestantes.

A pesar de la coincidencia de la Pascua griega con la festividad latina, las solemnidades de la Semana Santa en el Santo Sepulcro no fueron de lo más tumultuosas por la ceremonia del fuego sagrado de los griegos. Esta última ha



sido señalada el presente año por un grave incidente que poco faltó para que acarreará funestas consecuencias. En su gozo frenético algunos griegos de Alepo empezaron á gritar: «¡Vivan los rusos! ¡qué Dios confunda á los turcos y su Profeta!» y diciendo esto acercaron sus cirios encendidos hasta bajo la barba de los soldados musulmanes encargados de la policía en la sagrada Basilica. Cualquiera puede figurarse la cólera que estos gritos, acompañados de tales gestos, debieron encender en el corazón de los hijos del Profeta. No se había aún despejado el templo que ya el incidente corría de boca en boca en el barrio musulmán. Súbitamente acude una multitud que se engrosaba por momentos. Los culpables son asaltados al salir del Santo Sepulcro á los gritos de: «¡Mueran los perros! ¡Mueran los cristianos!» Suerte que llegó á tiempo la tropa armada, pues de lo contrario se hubiera presenciado un sangriento espectáculo que pudiera conducir á la matanza de todos los cristianos de la Ciudad Santa. Cuarenta cismáticos de Alepo fueron encarcelados, y se cree que el castigo será severo.

— Nuestros lectores verán con gusto el retrato del Prelado que gobierna la Iglesia de Jerusalem; lo publicamos en la pág. 440. El Ilmo. Bracco es italiano de nacimiento y tiene unos cincuenta años. De la misma diócesis que el ilustrísimo Valerga, se dirigió como misionero á los Santos Lugares en 1860 tan pronto como fué promovido al sacerdocio. Primer profesor de filosofía en el seminario patriarcal, á los dos años se le encargó la dirección de este establecimiento. En 1866 el Ilmo. Valerga, que había reconocido en él cualidades las más eminentes, pidió se le concediese la dignidad episcopal y nombró su vicario general. Habiendo fallecido aquel Prelado el 2 de Diciembre de 1872, el Ilmo. Bracco fué nombrado el día 21 de Marzo siguiente patriarca de la Ciudad Santa.

**Japon.** — El Ilmo. Osouf, vicario apostólico del Japon septentrional, escribe desde Toquio el 4 de Marzo de 1882:

«Desde el año último nuestras obras han continuado como antes. Recientemente hemos fundado una escuela de catequistas en condiciones que parecen prometer buen éxito. Dios bendice todos los trabajos de nuestros misioneros. La cuenta y razón de 1881 registra unos 700 bautismos, y el presente año esperamos asimismo abundante cosecha.

«Esta semana hemos tenido el dolor de perder á un joven misionero, el Rdo. Balanche, que ha sucumbido á una enfermedad de pecho. Aunque su llegada al Japon sólo databa de 1877, había ya adquirido un conocimiento poco común del idioma. Esta ciencia y otras recomendables cualidades hacen su pérdida sumamente sensible para la Mision.

«Con ocasión de este fallecimiento hemos podido convenirnos una vez más de las disposiciones más bien favorables que hostiles de las autoridades de Tokio respecto de nosotros. Se nos ha permitido comprar, en uno de los grandes cementerios de la capital, un lugar de sepultura para los miembros de la Mision. El Rdo. Balanche es el primer misionero que se ha enterrado aquí en un cementerio japonés.

«Los funerales se han hecho con toda la decencia que conviene á semejante ceremonia. Despues de la misa solemne cantada en la iglesia de Tsukiji, el cortejo fué procesionalmente al cementerio, atravesando la ciudad de Tokio, en un trayecto de cinco kilómetros por lo menos. El féretro, precedido de las Comunidades de los Hermanos de San Pablo de Chartres y del Santo Niño Jesús, con más de 100 de sus discípulos, junto con el clero, comprendiendo el Obispo, once misioneros y los seminaristas, fué seguido de unos 400 cristianos. La impresión producida en el pueblo, que vió pasar el cortejo, pareció excelente.

«¡Ojalá los cristianos del interior del Japon encuentren por todas partes en las Autoridades locales la misma buena voluntad que los magistrados de la capital manifiestan ahora, aún con ocasión de los enterramientos! La libertad bajo este respecto haría desaparecer una de las mayores dificultades que tienen los paganos para abrazar el Cristianismo.»

**Mangalore (Indostan).** — El 29 de Junio el P. Pagani, provicario apostólico del Mangalore, puso y bendijo solemnemente la primera piedra del nuevo colegio de San Luis Gonzaga, en un terreno gratuitamente cedido por un rico indio, el Sr. Lorenzo Prabhu Lho.

El P. Mutti, de la Compañía de Jesús, procurador de la Mision de Mangalore, nos escribe el 28 de Julio:

«La construcción de nuestro colegio de San Luis Gonzaga adelanta rápidamente, y con la misma rapidez se agota el poco dinero que había recogido para esta obra importantísima. ¡Dígnese el Señor inspirar á algunos generosos bienhechores que vengan en nuestra ayuda!

«El P. Maffei, que ha publicado la gramática konkay, había preparado también un diccionario de la misma lengua. A pesar de su utilidad habíamos renunciado á publicarla á causa de la falta de los fondos necesarios. El Gobierno de Madras ha acogido favorablemente la petición que le hemos dirigido acerca este punto, y va á imprimir el diccionario á expensas del Estado, lo que costará de 8 á 10,000 pesetas. Recibirémos gratuitamente 100 ejemplares, pero exclusivamente para uso de los misioneros: los restantes volúmenes serán vendidos en provecho del Gobierno.

«Hemos fundado un obrador con algunos oficios, un taller de encuadernación y una imprenta para dar trabajo á nuestros huérfanos. Las conversiones aumentan.»

**Hyderabad (Indostan).** — El Ilmo. Caprotti, nuevo vicario apostólico de Hyderabad, recibió el 29 de Junio la consagración episcopal en el colegio de Todos los Santos, en la capital de los Estados del Nizam. El Ilmo. Meurin, vicario apostólico de Bombay, prelado consagrante, fué asistido por los Ilmos. Tissot y Coadu, vicarios apostólicos de Vizagapatam y del Mayssur.

Toda la ciudad estuvo de fiesta. Sólo un incidente desagradable amenazó turbar el gozo de este gran día. Aprovechándose un malhechor de no llevarse con todo rigor la vigilancia, consiguió introducirse hasta el aposento del Obispo, y se había apoderado ya de algunos objetos preciosos cuando un incidente fortuito hizo que fuese descubierto: un manípulo que fué preciso cambiar á la mitad del Oficio, hizo que uno de los clérigos volviese al palacio episcopal: el ladrón fué cogido infraganti y entregado á la justicia.

Al día siguiente Su Alteza el joven Nizam recibió en audiencia á los cuatro Obispos y á varios sacerdotes. En seguida Su Excelencia sir Salar Jung, ministro de Estado, les ofreció, y lo mismo á los católicos notables de la ciudad, una espléndida comida servida de vigilia, porque era viernes.

Este elevado funcionario se mostró atento hasta lo sumo: quiso amueblar por sí mismo los aposentos que ocuparon los Prelados, y puso á disposición del Vicario apostólico un coche y dos caballos durante la permanencia de los venerables huéspedes en Hyderabad.

**Egipto.** — El P. Jerónimo, prefecto de los Franciscanos del Alto-Egipto, escribía desde el Cairo al P. Marie:

«Incierto del porvenir, aprovecho el tiempo para comunicar algunas noticias. Si el Señor se digna conservarnos os escribiré más tarde otra relación, pues vivimos de esperanzas á pesar de los peligros que nos amenazan. La ciudad de M. Cairo por ahora está tranquila; todas las calles



aparecen desiertas; casi todos los europeos han partido, lo mismo que gran número de árabes. Los cónsules de Francia y Austria abandonaron la ciudad desde el momento que el almirante inglés les hizo saber el bombardeo de Alejandría. Si al bombardeo sucede la ocupación es de temer que ocurran motines contra los cristianos por parte de los sectarios de Mahoma.

«Respecto á mí y á nuestros Padres hemos tomado la resolución de aguardar los acontecimientos y ponernos en manos de Dios. Hasta el presente nada hemos tenido que sufrir ni en el Cairo ni en el Alto-Egipto, en donde se creía que más había que temer. Orad por nosotros, y si la sagrada Familia, que habitó en estos lugares, nos concediese la gracia de morir en el ejercicio de nuestro ministerio de caridad, acordaos de nosotros en vuestras oraciones.»

—El P. Dianous, de la Compañía de Jesús, escribe desde Alejandría al P. Mayozer, procurador de aquellas Misiones:

«Vuestra carta me ha encontrado en Alejandría en nuestra costa *milagrosamente* preservada de toda desventura. En cuanto al deseo que me manifestais de tener noticias detalladas de nuestras contradicciones, está en camino de verse cumplido, pues estoy preparando una relación de las trágicas y extrañas aventuras por las que hemos pasado el P. Mechin y yo. No sé cuándo concluiré mi trabajo; pues estoy continuamente interrumpido por las obligaciones que nunca faltan... Añadid las visitas que hacer y recibir sobre todo después de nuestras desdichas que han llamado la atención, y comprenderéis que apenas me queda tiempo para nada. Gracias á lo que nos ha sucedido, á la sangre que hemos derramado, á los golpes recibidos, á la prisión, etc., somos muy conocidos en Alejandría y gozamos de la simpatía general.

«Cálculanse en 500 el número de casas completamente incendiadas en esta ciudad, y son las más grandes y más ricas. ¡Es un triste espectáculo! ¡sólo se ven escombros amontonados!

«Durante nuestro encarcelamiento hemos sido saqueados: nuestra pobreza nos hace sentir más y más esas pérdidas. Así no podemos conservar el santísimo Sacramento después del robo de nuestro copon: hemos quedado sin custodia...»

—El visitador apostólico de los coptos católicos, dom Marcos, escribía el 20 de Julio:

«El Cairo parece hoy día un desierto. La parroquia latina está cerrada: han partido todos los Franciscanos, excepto el P. Plácido, que es alemán, y cuatro ó cinco Hermanos de las Escuelas cristianas. Todos los sacerdotes maronitas, caldeos, siríacos y griegos católicos han partido también. Respecto á mis sacerdotes coptos, les he dado permiso para que les imiten, y de él se han aprovechado dom Simon del viejo Cairo y dom Andrés.

«Todo el día estoy ocupado consolando á los fieles. ¡Cuántas confesiones, y sobre todo buenas confesiones, en estos días de terror! La religión está profundamente arraigada en el corazón de los coptos. Nuestra pobreza es extrema: ya sabéis cuál es nuestra pobreza ordinaria, ¡juzga, pues, á qué grado de miseria nos han reducido las actuales turbulencias! Las numerosas familias que han huido de Alejandría; los huérfanos á quienes ha dejado sin apoyo la partida de las Hermanas; los infelices privados de trabajo y de pan; los veinte sacerdotes del vicariato copto que no tienen ya honorarios de misas, todos se dirigen á mí, y yo no tengo nada. Si los ricos se encontrasen en el Cairo no vacilaría en pedirles en nombre de mis protegidos; pero todas las personas acomodadas han partido. Si la Hacienda de Egipto estuviese más próspera, hubiera pedido socorros al mismo Gobierno, mas por esta parte nada

tengo que esperar. Estamos, pues, abandonados á nuestras solas fuerzas; ¡que Dios tenga piedad de nosotros!»

—Sor María Ignacia de Jesús, superiora de las Religiosas del Buen Pastor, nos escribe desde Port-Said el 6 de Agosto:

«Hace dos meses apenas que bendecíamos al Señor el ver cómo florecía nuestra pequeña Misión; abrigábamos proyectos de mayor ensanche, de nuevas construcciones, y buscábamos los medios á fin de procurarnos los fondos necesarios. Nunca habían sido en tan crecido número las huérfanas y las discípulas externas, ni nos habían dado tan completa satisfacción.

«Ahora ¡ay! las clases están desiertas y dispersa la Comunidad: nos hemos visto obligadas á enviar á la hospitalaria Francia la mitad de nuestras Hermanas y todas las huérfanas que estaban á nuestro cargo.

«Hemos quedado aquí once Religiosas y dos jóvenes sin familia. Las pobres Hermanas y niñas emigradas del Cairo y de Suez tuvieron que huir de noche sin poder llevarse lo más estrictamente necesario de ropa blanca: hemos tenido que proporcionar colchones y almohadas (pues no los había en los transportes) lo mismo que lencería para cincuenta personas.

«Todos estos gastos han agotado casi enteramente nuestros escasos recursos. Nada podemos ganar, pues no tenemos ni una discípula, ni trabajo alguno retribuido: cada mes tenemos que retribuir á dos guardianes que pasan la noche en las casas abandonadas de nuestras huérfanas y arrepentidas. El porvenir se nos presenta muy sombrío: no obstante, estamos firmemente resueltas á permanecer aquí hasta el último extremo para sostener en lo posible nuestra pequeña Misión.»

—Recibimos la siguiente carta de un misionero franciscano del Alto Egipto:

«Nuestra Misión cuenta en la actualidad iglesia y escuelas en cierto número de localidades del Bajo y Alto Egipto. Tenemos un convento en el Cairo. Las ciudades de Fayum, Syut, Tahta, Akmim, Girgeh, Farsciut, Ghene, Nagade, Luxor y Gamula, cuenta cada una un misionero franciscano. Otros varios centros de población tienen sacerdotes coptos católicos, colocados bajo la jurisdicción de su visitador apostólico, el sabio dom Antonio Morgos. Las lenguas que se enseñan comunmente en nuestras clases son el árabe, el copto, el francés y el italiano. Todas nuestras escuelas son gratuitas, debiendo proveer de libros y aún de vestidos á la mayor parte de los discípulos. Los maestros son laicos orientales, pues no hay en el Alto Egipto Congregación enseñante de Hermanos ni de Religiosas. Este estado de cosas es lamentable, pues nos impide, especialmente entre las niñas, hacer mucho bien.

«A pesar de los increíbles esfuerzos de los protestantes americanos y de la obstinada guerra de los sacerdotes herejes, tenemos el consuelo de registrar este año numerosas conversiones de coptos, y sería fácil obtener muchas más si hubiese mayor número de misioneros. ¡Que el Señor se digne enviarnos nuevos auxiliares y bendecir á los jóvenes discípulos del Seminario copto católico abierto en el Cairo en el colegio de la Santa Familia de los reverendos Padres Jesuitas!

«Por lo que respecta á las turbulencias egipcias, puede decirse que estamos ahora entre la vida y la muerte. El fanatismo musulmán está muy excitado, no solo contra los europeos, si que también contra los cristianos del país. Casi todos los extranjeros han abandonado el Alto Egipto; pero no han dejado su puesto ni uno solo de los sacerdotes ó misioneros.»

**Australia.**—Los ingleses han establecido una colonia extensa y floreciente en el Sudeste de Australia; pero les falta



todavía conquistar el Norte y el centro de esta inmensa isla: para esta empresa aceptan gustosos el concurso de los misioneros católicos. Por un periódico de Melbourne sabemos que los Padres de la Compañía de Jesús han fundado en Port-Darwin (Norte de Australia) una Misión que tiene por objeto convertir y civilizar los pueblos salvajes aún de aquellos países.

**Oceania central.** — El P. Castagnier, misionero marista, escribe desde Vavau con fecha 21 de Abril:

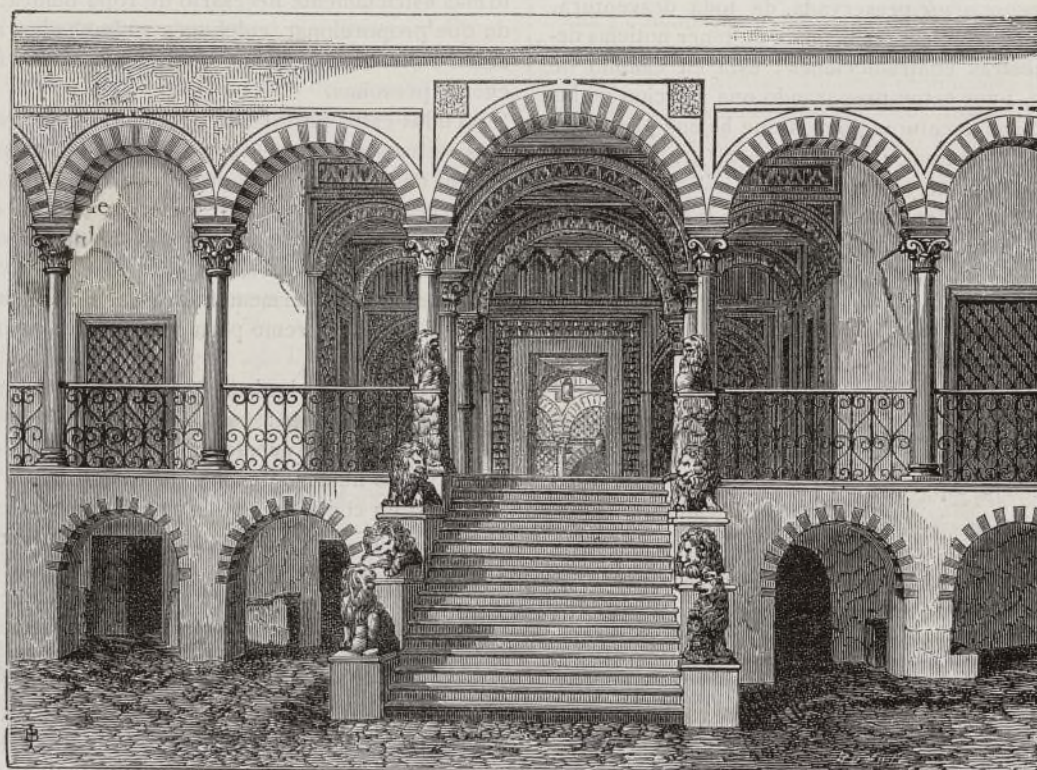
«... No he podido llegar á Vavau sino hasta despues de Pascua, anteayer, 19 de Abril: no encontré buque para hacer la travesía de 40 leguas que hay de Tonga hasta aquí. Mas ¡oh dolor! he encontrado la isla desconocida y casi aniquilada por una espantosa tempestad que se desencadenó sobre todo el archipiélago el 25 de Marzo. Nadie en el país tiene memoria de cosa igual.

«Hoy los habitantes se consideran felices con haber salvado la vida, pues los destrozos materiales son incalcula-

bles. Hubo no obstante algunas víctimas en el mar. Una embarcación alemana, cargada de *copres* (1), se fué á pique en el puerto, pereciendo ocho hombres; los cinco sobrevivientes al naufragio sólo con mucho trabajo pudieron ganar la orilla.

«Nuestra estación de Fugamisi está en un estado difícil de describir: los paseos de naranjos y cocoteros han quedado destruidos: todos estos árboles están derribados y hechos pedazos.

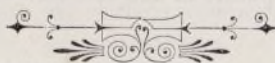
«La hermosa iglesia, que costó tantas fatigas al P. Breton, y de la que yo mismo estaba tan satisfecho, aparece hoy enteramente arruinada: el techo toca al suelo, y está además sumamente deteriorado por los pilares, que lo atravesaron de parte á parte. Las cuatro imágenes del coro han quedado rotas. Las lámparas, las arañas, las candelabros y los ornamentos los tenemos todos más ó menos averiados... ¡esto es desconsolador! Ocioso es añadir que la casa del sacerdote, la del catequista y su escuela están en lastimoso estado. Dícese que han quedado destruidas en la



TÚNEZ. — Vista interior del Bardo.

isla cerca de mil casas, y eso que la tormenta sólo duró breves horas. Por suerte tuvo lugar durante el día, que á ser de noche hubiera causado gran número de víctimas.

«Os escribo, pues, en medio de ruinas. Dios me ha dado bastante fortaleza para no desalentarme, y aún para animar á nuestros infelices neófitos. He dispuesto ya, bajo la bóveda de la iglesia que se sostiene un poco por un lado, un pequeño altar, donde he podido celebrar la misa esta mañana; y en un rincón de una casa enteramente desmantelada he podido extenderme para pasar la noche. Luego emprendimos la reparación de tanto estrago lo mejor que nos sea posible. Pero no puedo contar con mis neófitos, que han quedado más pobres y ocupados que nunca. Dad conocimiento de nuestra miseria á las almas generosas y pías: ¡quiera Dios se compadezcan de nosotros y acudan en nuestro auxilio!»



## ENSAYO SOBRE LA HISTORIA RELIGIOSA DE TÚNEZ.

### XV.

#### TÚNEZ Y EL BARDO.

**T**ÚNEZ está edificado en un colina, á la extremidad Sudoeste del lago y á 12 kilómetros al Sur de Cartago. Bajo la dominación púnica esta ciudad sólo era una villa, ilustrada por la guerra de los mercenarios, que habían establecido en ella su centro de operaciones. Durante la primera guerra púnica Régulo se apoderó de este puerto, desde donde descubría los movimientos del enemigo al rededor de Cartago. Escipión el Africano estableció en ella su campo. Túnez debe su grandeza actual á la conquista de los árabes, que construyeron en ella un arsenal marítimo donde

(1) Almendras de coco, de las que se extrae esencias.



abrigaron sus flotas, y que la convirtieron, despues de Kairuan, en la capital de Túnez musulman.

La parte inferior de la ciudad es dominada por la Casba, fortaleza que repararon los españoles (1535-1540). Desde lo alto de la Casba se ve el mar, el lago de Túnez, la Goleta y la montaña en donde la tradicion supone que Régulo sufrió el suplicio. Al pié de la ciudadela, inútil hoy día, se extienden numerosos bazares, los más notables de Oriente despues de los de Constantinopla y Alejandría. Los ricos musulmanes viven en torno de estos vastos almacenes en los que se encuentran confundidos los productos del interior del Africa y las mercancías de Europa. Los barrios bajos de Túnez son habitados, á la derecha por los israelitas, y á la izquierda por los cristianos, á quienes los musulmanes han abandonado la parte más insalubre de su ciudad.

Al lado de la Casba el bey tiene un palacio, Dar el-Bey (casa del bey), de estilo morisco, muy admirado por

los extranjeros. Fué edificado por Hamudah-bajá (1782-1814) hace unos setenta años.

Desde las antiguas fortificaciones al lago existe un paseo, al que se da el nombre de la Marina, de 5 kilómetros de largo, y con bellas construcciones á la europea. A poca distancia se encuentra la estacion del ferrocarril de Túnez á la Goleta.

La ciudad encierra gran número de mezquitas con doubles alminares cuadrados.

«La más bella y capaz, dice el Sr. Víctor Guerin, se llama Djama-ez-Zitun (la mezquita del olivo). Está rodeada de un elevado muro que oculta á los ojos de los infieles la arquitectura oriental y aún la forma de este templo. Como en Túnez está absolutamente prohibida á los cristianos la entrada en las mezquitas, no pude penetrar en ella; mas he sabido que adornan á este monumento muchas columnas arrebatadas la mayor parte á edificios antiguos. Se conserva por medio de legados



TÚNEZ.—Vista de la ciudad y de la mezquita de Sidi-Mahrés.

piadosos, y contiene en sus dependencias escuelas á las que hay señalados unos treinta profesores y que frecuentan centenares de estudiantes. Corona este edificio un alminar que no carece de atrevimiento y elegancia.

«Despues de la Djama-ez-Zitun, pasa por una de las más ricas y notables la Djama-Sahab-et-Taba (la mezquita del dueño del sello), así llamada porque fué edificada por el célebre Yusuf-Sahab-et-Taba, esto es canciller de Hamudah-bajá. El ministro á quien debe su nombre y su fundacion hizo venir con grandes expensas, para construirla y adornarla, preciosos trozos de piedra y de mármol y soberbias columnas arrancadas á las ruinas de varias ciudades antiguas del interior ó traídas de las canteras de Italia.

«La mezquita Sidi-Mahres llama tambien la atencion en el arrabal Bab-es-Suika. Está coronada de muchas cúpulas que rodean su grande cúpula central. El *santo* que hay enterrado en ella y cuyo nombre lleva es con-

siderado por los tunecinos como uno de sus principales patronos, motivo por el que esta mezquita es reputada inviolable. Es un lugar de asilo para los acreedores y deudores.

«No debo tampoco olvidar hacer mencion de la Djama-Djedid (ó la mezquita nueva), edificada por el bey Ahmed en el arrabal Bab-el-Djezira.»

Túnez contiene cerca de 120,000 habitantes, de los que 35,000 son extranjeros. Un acueducto construido el año 135 por el emperador Adriano, y no há mucho restaurado, provee á la ciudad de agua excelente. El gas, el telégrafo, las neveras, etc., han quitado á Túnez gran parte de su estilo oriental; con todo, es una ciudad digna de ser visitada.

El Bardo, residencia oficial del bey, está situado á 3 kilómetros al Noroeste de Túnez. Su poblacion, casi toda dependiente del palacio, asciende á 800 ó 900 personas. Residen aún allí algunas familias cristianas, originarias



de Tabarca. Rodean el Bardo un ancho foso y elevadas murallas, lo que no impide se vean desde fuera las altas construcciones del palacio.

Este edificio no tiene ningun estilo: es una extraña mezcla de las arquitecturas árabe é italiana. Se penetra en la ciudad por una ancha puerta coronada con una torre de reloj. Andando á través de un angosto bazar y bajo una inmensa bóveda se llega al patio exterior del palacio. Un largo coladero, en el que pululan pretendientes, litigantes, guardias y funcionarios, conduce á la escalera de los Leones, cuyo grabado damos en la página 452. Está coronada por esbeltos arcos adornados de arabescos y precede al patio de honor. Este patio, adornado en el centro con una fuente y un estanque, está rodeado de columnas de mármol blanco y arcos ligeros con calados de yeso. En algunas de estas columnas hay todavía, junto con la fecha, los nombres de los esclavos del siglo anterior. Un corredor oscuro y una escalera poco más clara dan acceso á la sala del Trono, cuyas proporciones son gigantescas. Esta sala contiene una extravagante mezcla de muebles sin relación entre sí, de relojes, de vajillas, etc., y un retrato del rey Luis Felipe en tapices de los Gobelinos. Abundan en todas las piezas consolas, candelabros y relojes sin ningun valor artístico, lo que es tanto más de lamentar cuanto el palacio encierra bellos trabajos ejecutados por los indígenas, artesones esculpidos y dorados, maravillosas obras de yeso, etc.

El bey apenas pasa en Túnez uno ó dos dias al año. Va al Bardo cada mañana para dar audiencias y administrar justicia, y el resto del tiempo vive en su residencia particular de Kasseur Said, sito frente del Bardo.

## MOSAICO CHINO.

### XIII.

#### UN ENTIERRO CRISTIANO EN KIANG-NAN.

**S**ABIDO es que los chinos tienen la costumbre de conservar religiosamente en sus casas los restos mortales de sus familias antes de confiarlos á la tumba: pues bien; hé aquí un hecho que demuestra hasta qué punto llevan alguna vez esta singular devoción.

En la prefectura de Song-Kiang existe una antigua familia cristiana, llamada Tao, en otro tiempo la más rica de la villa de Kao-diao, pero en la actualidad muy decayda. Esta familia verificó el solemne entierro de veinte y dos ataúdes, algunos de los cuales hacia cincuenta años que se guardaban en la casa.

Para cubrir los gastos considerables que debia ocasionar este último acto de piedad con los muertos, la familia vendió de antemano por 3,000 francos una casa que valia 12,000, y cuya construccion no habia costado menos de 20,000.

Con un mes de anticipacion fueron invitados todos los parientes de diez leguas á la redonda: el misionero prometió tambien asistir.

Los veinte y dos féretros, separados del polvo en que yacian, fueron limpiados, untados con aceite y alineados en las salas de recepcion de esta gran casa, que aloja tantos muertos como vivos.

El sitio de la tumba se halla en medio de un campo

de trigo, bajo una cubierta de bálago, para el abrigo de los operarios. Los ladrillos están apilados al rededor, y la cal está ya preparada para la construccion de tantos nichos como féretros hay. Asimismo debe construirse otro nicho para la anciana abuela á quien la hoz del tiempo ha respetado hasta el dia. Tiene reservado un sitio al lado de su marido, y segun la costumbre del país, se ha practicado una abertura de comunicacion entre los dos nichos, sin duda para que los dos esposos puedan cambiar los primeros saludos el dia de la resurreccion.

La afluencia de convidados empieza desde la antevíspera. Cada uno trae su ofrenda. Un secretario instalado en la habitacion del portero inscribe en un registro el nombre del visitante. Los convidados más distinguidos son recibidos con una triple descarga y al són de la música.

La víspera, despues del medio dia, el misionero, con capa negra, asistido de siete catequistas con sobrepelliz, se presenta delante los féretros, rezando por las almas de los muertos, mientras los cristianos entonan á coro una traduccion del Oficio de difuntos.

Al anoecer las mujeres van á llorar y cantar sus lamentos por espacio de media hora. La misma ceremonia se observará el dia siguiente á la punta del dia; despues en el momento en que los féretros saldrán de la casa, y finalmente, cuando bajarán á la tumba. Por lo demás, todo respira contento: parece un dia de fiesta.

No bien asoma la aurora, cuando los albañiles van á tomar un refrigerio en que el vino no escasea; luego marchan alegres á su trabajo. Al salir el sol empieza en la capilla la oracion de la mañana, sigue el Oficio de difuntos, en chino, y la santa Misa, que concluye con los responsos.

Hechas estas primeras devociones, sirven un suculento almuerzo.

Poco antes del medio dia queda arreglada la procesion, llevando á su cabeza dos tam-tam y dos enormes linternas montadas en largas pértigas; siguen varios estandartes triangulares, y algunas tablitas embarnizadas, ostentando ciertas inscripciones; despues la música, la cruz procesional, una treintena de cristianos con sobrepelliz, rezando el Oficio de difuntos, y el misionero; finalmente, los ataúdes, llevados cada uno por ocho hombres. El primero, que es el del abuelo, está teñido de rojo; los demás son azules. Cerca de cada féretro van los parientes más próximos, embozados en un sayal de tela grosera, con una cuerda en la cintura, y cubiertos sus piés con zapatos de paja. Cierra la fúnebre comitiva una larga fila de hombres, seguidos de mujeres vestidas de blanco que están rezando.

Tan luego como la procesion empieza á moverse, los petardos, la música, las salmodias, los lamentos, los gritos de los porteros, los tam-tam, todo contribuye á promover una batahola espantosa; pero apenas se ha dejado el umbral de la casa mortuoria se restablece la calma, y el convoy ofrece un aspecto verdaderamente religioso.

De entrambos lados del estrecho sendero que recorre el cortejo fúnebre, acude en tropel una multitud de curiosos con grave perjuicio de las plantaciones vecinas. Al llegar al sitio de la sepultura se guarda profundo silencio, cosa singular entre los chinos, tan amigos del bullicio. Verdad es que este silencio dura solamente



mientras el sacerdote recita sus últimas oraciones; pero así que éstas han terminado y se ha retirado el misionero, la zambra vuelve á empezar de lo lindo para renovarse á cada descenso de ataud en el sitio que tiene destinado.

Sobre este pequeño cementerio se eleva un gran otero. Cuando sobrevenga el cambio de la dinastía habrá que arrasarlo, conforme á la costumbre china, para devolver al cultivo el precioso terreno que ocupa. Sin embargo, esta costumbre ha dejado de observarse al advenimiento de la dinastía actual, siendo tantos ahora los sitios ocupados por las tumbas, que han concluido por ser un gran estorbo para los vivos.

#### XIV.

##### EL INFIERNO BÚDICO.

En una carta del R. P. Pfister, de la Compañía de Jesús, escrita desde Zi-ka-wei, encontramos la curiosa descripción de una de las pagodas chinas designadas bajo el nombre de pagodas de los suplicios.

«Acabo de hacer, dice el misionero, una pequeña excursión á Tsang-ka-leu, del otro lado del Wam-pu, frente á Shang-hai. He visitado una pagoda bastante antigua, antiquísima, si hemos de creer una inscripción que la hace remontar á la dinastía de los Lang, es decir, al siglo VII.

«En torno de la cámara principal hay dispuestas diez celdas, en las cuales unas estatuas de dimensiones y colores variados figuran los suplicios del infierno búdico. En medio de cada celda descuelga el dios que preside el castigo de los culpables. A sus lados hay dos doncellas que llevan un abanico, una espada y varios presentes, y además cuatro personajes que parecen llenar las funciones de guardias de corps. El juez está sentado á los pies del dios. Delante de él, y en diferentes grupos, hay los condenados, verdugos, bonzos y espectadores. Las paredes están cubiertas de pinturas que representan los suplicios, con esta singularidad, que en la pared que mira al Mediodía está pintada una joven diosa que las víctimas invocan. En el fondo de la celda un colosal dragón, del cual sólo se percibe la monstruosa cabeza, tiene entre sus garras el sol y la luna medio apagados. Las demás pinturas representan objetos fantásticos, animales disformes y fabulosos, plantas extrañas y enteramente desconocidas.

«Hé ahí la descripción de los grupos que hay en cada celda:

«I.—Dos criminales atados juntos por las espaldas. Otro criminal estrujado entre dos planchas, con la cabeza caída, y partido de uno á otro extremo.

«II.—Una decapitación. Una mujer aguarda aterrorizada á su verdugo, que es otra mujer medio desnuda blandiendo una cuchilla.

«III.—Dos verdugos que trituran á un hombre bajo una muela que hacen rodar.

«IV.—Un infeliz llevando la canga. Una mujer arrastrada por los cabellos. Diversas personas precipitadas de lo alto de una montaña sobre agudos peñascos.

«V.—Suplicio de la canga. Decapitación.

«VI.—Víctima atada á un poste por manos y pies, y maltratada á garrotazos y pedradas. Mujer atada por los

cabellos, manos y pies, y cuya lengua corta el verdugo. Otra mujer arrastrada por los pies. Un cuarto personaje, atado por manos y pies á un palo puntiagudo apoyado contra su espalda.

«VII.—Hombre descuartizado vivo: tiene el vientre abierto y las entrañas arrancadas. Mujer desnuda, pisoteada y acuchillada.

«VIII.—Hombre atado á un árbol encorvado que se endereza. Otro hombre azotado. Muchos criminales sumergidos en una caldera ardiente.

«IX.—Hombre machacado en un mortero. Otro azotado. Suplicio de la canga.

«X.—Otro hombre en la canga. Otro sentado con las manos atadas á la espalda y rodeado de verdugos. Un tercero llevando sobre sus espaldas una mujer que le maltrata.»

## NECROLOGÍA.

**Tong-King occidental.**—El Ilmo. Puginier, vicario apostólico del Tong-King occidental, anuncia la muerte de los misioneros RR. Perreaux y Tisseau.

El Rdo. Luis Carlos Perreaux nació en Cercueil (diócesis de Séz) el 28 de Abril de 1842. Entró en el seminario de las Misiones extranjeras el 10 de Setiembre de 1864, donde fué ordenado sacerdote el 13 de Junio de 1867.

«En este año, escribe dicho Prelado, el Rdo. Perreaux fué destinado á la Mision del Tong-King occidental. Desde su llegada estudió con ahinco la lengua anamita, y puso el mayor cuidado para estar al corriente de los usos y costumbres del país. Así que estuvo en estado de ejercer el ministerio apostólico, lo llamé á mi lado y le envié á administrar las cristiandades vecinas á mi residencia.

«Algún tiempo despues el Rdo. Perreaux fué encargado del vasto distrito de Thagne-Hoa, que no había tenido misioneros desde la época de la persecución. En los dos años que pasó allí visitó las seis parroquias de su distrito, se puso con brevedad al corriente de los negocios religiosos, y adquirió grande ascendiente sobre los sacerdotes indígenas. El cuidado de los fieles no era bastante para su celo, y ocupábase activamente en la propagación de la fe entre los paganos, contribuyendo en gran parte á establecer y favorecer el movimiento de conversión de los infieles, que se ha manifestado en la Mision, especialmente de diez años á esta parte.

«Al cabo de dos años de trabajo en su distrito, reconociendo en él un misionero ya formado y capaz de ayudar á preparar los discípulos del Seminario para la vida clerical, lo señalé como auxiliar á mi provicario, Rdo. Mathevon, en la dirección de los discípulos de teología.

«Habiendo muerto á fines del año último el Rdo. Fiot, quise dar al establecimiento de Chau y del Laos el desarrollo que exigía el movimiento de conversiones, y me decidí á nombrar al Rdo. Perreaux provicario para esa nueva parte de la Mision. El conjunto de las cualidades de este querido y malogrado compañero lo hacían apto para desempeñar cumplidamente el difícil puesto que se le confiaba.

«Partió con los tres misioneros que le designé y un numeroso séquito de catequistas, y llegó al Laos cuando las poblaciones acudían en tropel para convertirse. Pocos días despues una partida de enemigos de la religion saqueaba é incendiaba ocho cristiandades. En medio de tales contratiempos el Rdo. Perreaux no se abatió, y á pesar de los riesgos que corrían él y sus misioneros, decidió permanecer con ellos en su puesto. Con su firmeza logró convencer á





TÚNEZ.—Vista parcial de la ciudad. (Pág. 452).

las Autoridades locales que la continuacion de los desórdenes haria pesar sobre ellas gravísima responsabilidad, y éstas se decidieron por fin á impedir que la partida hostil atacara á los misioneros.

«Hasta el 20 de Mayo el Rdo. Perreaux no habia experimentado aún la influencia de la insalubridad del país, y entonces le atacó la fiebre de los bosques. El dolor que le ocasionaron las desdichas recientemente sobrevenidas á los nuevos cristianos, las continuas amenazas de que eran objeto los misioneros y los neófitos, el hambre que desolaba el país y que tuvieron que sufrir sus mismos compañeros, pues llegó á faltarles el arroz y se vieron en la necesidad de alimentarse durante muchos dias con tubérculos que se iban á buscar en el bosque, todas estas cosas, á pesar de la firmeza de carácter de que estaba dotado el Padre, no dejaron de dar á la dolencia tanta mayor gravedad cuanto que era la época más nociva del año.

«Dios quiso imponer á esta Mision naciente una prueba más y exigir de mí un doble sacrificio. El es el dueño soberano, y sus designios nos son desconocidos: ¡cúmplase su santa voluntad! El Rdo. Perreaux era uno de los misioneros que despues de la persecucion prestaron más eminentes servicios al vicariato apostólico del Tong-king occidental.

«Respecto al Rdo. Enrique Tisseau, nacido el 19 de Setiembre de 1854 en la diócesis de Poitiers, estudió humanidades en el seminario de Montmorillon: Dios le llamaba á una vida de abnegacion, y le habia dotado para esto de alma generosa. Ingresó en 1879 en el seminario de las Misiones extranjeras de París, donde completó sus estudios en teología, y al cabo de un año fué designado para la Mision del Tong-King occidental, que dos de sus compatriotas, los venerables Cornay y Venard, fecundaron con su sangre.

«Cuando supo que me proponia enviar varios misionero al Laos ardia en deseos de ser del número de los elegidos, pero su reserva le impidió hacerme la formal demanda. En Noviembre fué destinado á este puesto poco agradable para la naturaleza: experimentó vivísimo gozo, y ya no pensó sino en sus futuros neófitos. Habia entonces en mi residencia unos quince laocianos que habian seguido al Rdo. Fiot, y que sólo esperaban á sus nuevos Padres para volver á entrar en su país. El Rdo. Tisseau se complacia en encontrarse todos los dias con ellos, y en estudiar á su lado la lengua que debia hablar en adelante.

«El 16 de Diciembre partió para el Laos con el Rdo. Perreaux y otros dos misioneros, sus compañeros de viaje. Llegado á su destino, el Padre Provicario lo conservó á su lado, y él mismo fué quien el 24 de Mayo me anunció la enfermedad de su Superior. Un mes más tarde, el 24 de Junio, fué asimismo él quien, aunque tambien gravemente enfermo de la fiebre, administró al Rdo. Perreaux los últimos Sacramentos sostenido en brazos de los catequistas, pues ni siquiera tenia fuerzas para levantarse por sí mismo. Al cabo de cuatro dias le siguió al sepulcro.»

**Nueva-Caledonia.**—El P. Lambert escribia el 29 de Diciembre de 1881 desde la isla de los Pinos:

«El P. Próspero Goujon, primer apóstol y fundador de la Mision de esta isla, entregó á Dios su alma el 21 de este mes, á los sesenta años de su edad y treinta y tres de permanencia en la Mision.»

«Atacado del asma, el P. Goujon veíase sujeto hace mucho tiempo á crisis periódicas de violencia extrema, que no obstante permitian al enfermo compartir el tiempo entre el santo ministerio y los trabajos manuales. Este año los ataques no eran tan fuertes, pero sí más frecuentes, casi con-